

PIZARRO,

TRAJEDIA EN CINCO ACTOS,

ESCRITA EN INGLES

POR MR. SHERIDAN,

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. Juan García del Rio.



VALPARAISO:
Imprenta del Mercurio.

1844.

PERSONAJES.

PIZARRO.

ATAHUALLPA
PAPA
ATOCARD
PIZARRO
REYNA
GONZALEZ
DEVALA
GOMEZ
VALDEBENITO
LAS CASAS
EL VIRREY CIBOLA
GONZALEZ
EL MICHAELINO
GONZALEZ
EL VIRREY

PERSONAJES.

ATAHUALPA.	<i>Rei de Quito.</i>
ROLA.	} <i>Comandantes de sus tropas.</i>
ALONSO.	
PIZARRO.	<i>Caudillo de los españoles.</i>
ALMAGRO. :	} <i>Compañeros de Pizarro.</i>
GONZALO	
DAVILA	
GOMEZ.	
VALVERDE.	<i>Secretario de Pizarro.</i>
LAS-CASAS.	<i>Eclesiástico español.</i>
UN VIEJO CIEGO.	
OROZIMBO . :	<i>Cacique anciano.</i>
UN MUCHACHO.	
CORA.	<i>Esposa de Alonso.</i>
ELVIRA	<i>Dama de Pizarro.</i>




TRAJEDIA EN CINCO ACTOS.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

(Pabellon cerca de la tienda de Pizarro, y Elvira en él sentada. Entra Valverde; procura besarle la mano, y se levanta Elvira.)

ELV. ¡Insolente! ¿De donde te viene el privilegio de interrumpir los pocos momentos de reposo que mi ajitada fantasía puede arrebatarse en medio del tumulto de este bullicioso campo? ¡Pondré en noticia de Pizarro, tu señor, tal atrevimiento y alevosía!

VALV. A él le sirvo en verdad, y merezco su confianza, y bien que le conozco; mas por lo mismo te pregunto ¿de qué májia se valió Pizarro para ganar tu corazón?... por qué fatalidad se hizo dueño de tu afecto?

ELV. ¡Calla fiel secretario!

VALV. De baja alcurnia, de inculto entendimiento, de modales

groseras, feroz, tosco, aunque frio y astuto si el caso lo requiere; en su juventud audaz, en la virilidad perverso, ¿cómo es que se aclama el héroe castellano, y se denomina el primero entre los conquistadores españoles, a este pirata licenciado, que trata cual brutos a los hombres, y al mundo como su presa? ¿Y por guerrero tan cumplido dejó Elvira su noble familia, abandonó su hogar, mancilló su nombre, sometién dose a los caprichos de un amante como Pizarro, haciéndose partícipe de sus peligros, y cómplice de sus crímenes?

ELV. ¡Santo cielo! Valverde dando lecciones de moral! Bien puedo yo haber errado; pero tú, ¿cuál ha sido tu incentivo? Pasion, delirio, llama como quieras al móvil mio; pero tú, ¿qué es lo que te liga con caudillo tan indigno y despreciable? Sórdido lucro es el objeto tuyo, vil fraude tus medios; y si a agradarme aspiras, no es con otro fin que el de tener asi mas influjo sobre Pizarro: te conozco.

VALV. A fé mia que me agravia. Cualesquiera que por otra parte sean mis faltas, de ninguna me acusaré para contigo. Pero da rienda a tu índole lijera y desdeñosa; házlo mientras te lo permite el tiempo; la hora fatal, mucho lo temo, se aproxima ya.

ELV. ¡Profeta tambien Valverde!

VALV. Escucha, Elvira. La vergüenza por su pasada derrota, y un deseo ardiente de vengarse, han traído nuevamente a Pizarro al Perú; pero creedme, él se exajera sus fuerzas, y mide mal las del adversario. Acampados en tierra estraña, donde el temor no puede formar, ni la corrupcion ganar un solo amigo, ¿qué tenemos que esperar? El ejército se descontenta mas a medida que crecen las privaciones y los peligros; y en tanto que Pizarro adorna con fastuosos despojos su alegre y lujosa tienda, cada dia que pasa cercena nuestras fuerzas.

ELV. ¡Y qué! ¿No heredais vosotros a todos los que caen?

VALV. ¡Ah! ¿Son por ventura el lucro y la rapiña nuestro único objeto? Es este el heroismo de Elvira?

ELV. No; asi me salve el cielo! Yo detesto el móvil, los medios, y el fin de vuestras empresas: no fio en ninguno de vosotros, porque

en todo el ejército no hai uno solo que tenga corazon, o que hable con injenuidad, sino es el venerable Las-Casas; solo él.

VALV. ¡ Solo él! Las-Casas! ese miserable entusiasta y visionario!

ELV. ¡ Oh! a haber conocido yo antes al virtuoso varon, ¡ cuan diferente habria sido mi suerte!

VALV. Sin duda que Pizarro no te hubiera entonces engañado tan fácilmente: perdona, pero no cesa mi asombro cuando a meditar me pongo sobre eso.

ELV. Escucha, Valverde. Cuando a la voz del amor despertó mi fantasía vírjen, Pizarro era el ídolo de mi patria. Habia pregonado la fama que ese héroe salió de Panamá en una pequeña embarcacion con cien hombres escasos: que al llegar a la isla de Gallo, trazó una línea con su espada sobre la arena, diciendo: *pasen los que teman morir o triunfar con su jefe*: que solo trece se quedaron con él; y que a la cabeza de banda tan reducida mantuvo el campo el guerrero. Desde el momento mismo en que resonaron estas noticias en mis oidos, mi corazon exclamó: «¡Pizarro es mi señor!» lo que de entonces acá he percibido, pensado y sentido, no eres tú, no, hombre bastante a imaginarlo.

VALV. No mas; vive empero persuadida de que mientras Alonso de Molina, amigo en otro tiempo y pupilo de nuestro jeneral, sea el jefe del enemigo, no volverá Pizarro a obtener mas triunfos.

(*Sonidos de trompetas afuera.*)

ELV. ¡ Calla, que ya viene!.... no te turbes.... ¡qué alteracion producen en el rostro el misterio y el fraude! — pronto, pon cara de hombre de bien, si puedes!

PIZARRO. (*Hablando fuera*). Aseguradle bien, con grillos; yo mismo quiero examinarle. (*Entra*): ¡ De qué te ries, Elvira?

ELV. Llorar o reir sin motivo, es uno de los pocos privilejios que tenemos las pobres mujeres.

PIZ. Elvira, quiero saber la causa, vamos, decidla... estoi resuelto...

ELV. Mucho lo celebro, pues tambien a mí me gusta la entereza,

y resuelta estoy a no decírtela.— ¡Y bien! ¿cuál es la mejor de las dos resoluciones, la tuya que no pende de tí, o la mía que de mí solo depende?

PIZ. ¡Bah!... ¡Siempre chanceando!

VALV. Reíase Elvira de mis temores de que...

PIZ. ¿Qué temores?

VALV. De que la habilidad y el talento de Alonso hayan de tal manera instruido y disciplinado al enemigo, que...

PIZ. ¡Alonso!... ¡traidor!...— ¡Cuánto amé un tiempo a ese hombre! Su noble madre le puso bajo mi protección, siendo todavía niño; y yo le obsequié en mi mesa, y le albergué en mi tienda para que reposase, habiendo descubierto su precoz ingenio y el valor que a la par suya crecía. Habléle frecuentemente de nuestras primeras aventuras; de las tormentas con que habíamos luchado; de los peligros que vencimos. Contéle cómo habíamos desembarcado con nuestra pequeña hueste en tierra desconocida; cómo habían aclarado nuestras filas el hambre y la fatiga, la discordia y las penalidades; cómo lo sufrí todo, y todo lo arrostré, impertérrito, cercado de innumerables y acosadores enemigos; y cómo continué la empresa y retuve el mando, a despecho de encubiertos motines y de osada rebeldía, hasta que al fin triunfé de todo con los pocos que permanecieron fieles. Y cuando le hablaba de estas cosas, el joven Alonso, con lágrimas de admiración y de delicia en los ojos, me echaba los brazos al cuello, jurándome que toda la ambición de su alma era servir conmigo.

VALV. ¿Y qué pudo alterar un afecto bajo tales auspicios enjendrado?

PIZ. Las-Casas. Fué él quien con arte fascinadora y con mentidos preceptos de humanidad, escitó en el ánimo de Alonso un nuevo entusiasmo, que, según la expresión del mozalvete, le obligó a posponer las obligaciones para con su país a los deberes para con la naturaleza.

VALV. Sí, el traidor te abandonó, y uniéndose a los peruanos, se tornó enemigo tuyo a la vez que de la España.

PIZ. Pero trató antes de disuadirme de mi empresa con importante amonestación, y de desarmar mi resuelto brazo: pero incesantemente me habló de derechos, justicia y humanidad: denominando a los peruanos inocentes e inofensivos hermanos nuestros.

VALV. ¡Hermanos nuestros esos empedernidos paganos!

PIZ. Mas cuando vió que caían sobre el mármol las extravagantes lágrimas que en su filantrópica defensa derramaba sobre mi pecho, huyó y se unió al enemigo: entónces, aprovechándose de las lecciones que en la escuela del agraviado Pizarro recibiera, de tal suerte disciplinó el jóven a sus nuevos aliados, y tal dirección les dió, que en breve me forzó... (¡ay! ardo de vergüenza y confusión al confesarlo!...) a alejarme de estas riberas, y retirarme en derrota.

VALV. Ya dió empero la hora de la venganza.

PIZ. Sí, he vuelto. . . . reforzado; no tardará en saber e se audaz jóven que Pizarro vive, y se acuerda. . . . con gratitud. . . . de lo mucho que le debe.

VALV. Está en duda si vive Alonso.

PIZ. Ninguna hai. Uno de sus escuderos acaba de caer prisionero, y me ha avisado que Alonso y el peruano Rola están a la cabeza de doce mil hombres. En este día hacen un solemne sacrificio en sus impíos altares; y debemos aprovecharnos de la seguridad en que viven, y atacarles por sorpresa; los sacrificadores serán las víctimas.

ELV. ¡Desdichados! Su inocente sangre va a regar sus altares.

PIZ. ¡Pues no! (*tocan trompetas afuera*) Elvira, retírate.

ELV. ¿Por qué?

PIZ. Porque aquí van a venir hombres ahora, para tratar de asuntos que a hombres tocan.

ELV. ¡Hombres! ¡hombres!..... Seres ingratos y perversos!—¡oh, mujer! afectuosa aun después de ofendida!—Esas criaturas, en cuyos ojos buscáis animación, esperanza, encanto, en los días de embriaguez y de alegría, y en cuyo pecho solicitáis descanso y consuelo en la dolorosa hora de la calamidad: esas criaturas solo de ju-

guete os sirven, y las tratais cual esclavos, cuando están de por medio las pomposas locuras de vuestra insensata ambicion!—No me retiro.

PIZ. Quédate, pues:..... y calla, si puedes.

ELV. Solo charlan los que no reflexionan. Pensaré: el pensamiento es silencio.

(*Entran Las-Casas, Almagro, Gonzalo, Dávila, otros oficiales, y soldados.*)

LAS-CASAS. Pizarro, a tu mandato acudimos.

PIZARRO. Bien venido, venerable padre; y vosotros, mis amigos, bien venidos. Camaradas, llegó al fin la hora, que ha de dar a las esperanzas de Pizarro la plena recompensa de nuestra arrojada empresa, y de tan duros trabajos. Entregado a confianza loca, el enemigo consagra el día de hoy a un solemne sacrificio: si osados le acometemos mientras está en el templo, fiad en la palabra de vuestro caudillo, nuestro será el día.

ALM. Harto tiempo hemos permanecido en inaccion en la costa: agotados están los bastimentos y quejosa la tropa. ¡Al combate! al combate! muerte al armado, al rendido cadenas!

DAV. ¡Muerte a toda la raza peruana!

LAS-C. ¡Santos Cielos!

ALM. Sí, jeneral, al punto al ataque. Asi cesará Alonso, para siempre tendido, de mofarse de nuestros padecimientos, y de menospreciar nuestras fuerzas.

LAS-C. ¡Alonso! no son propias de él la altivez y la bafa.

ALM. Justo es que Las-Casas defienda a su discipulo.

PIZ. No habéis del traidor, o si pronuncias su nombre, sea para que sirva de grito de guerra que al asalto nos lleve y la venganza. Parece que estamos convenidos todos.

GONZ. Todos: ¡al combate! al combate!

LAS-C. ¡Qué! ¿Aun no está colmada la horrenda medida de vuestra crueldad? ¡A pelear!—¡Y con quién, cielo escelsol! Con un rei en cuyo benigno pecho ni siquiera han escitado odio vuestras atrocidades injurias, y que insultado o victorioso solicita siempre la paz.

Con un pueblo que jamas hizo el menor daño a ser viviente que su Hacedor formó: con un pueblo, hijo de la inocencia, que os recibiera como a huespedes queridos, y os tratara con bondadosa y confiada hospitalidad— ¡ Con cuanta largueza os han ofrecido estas jentes su hogar, y sus tesoros, y sus goces!... y vosotros les pagais el beneficio engañándolos, oprimiéndolos, deshonrándolos! Estos ojos han presenciado lo quedigo; cual dioses fuisteis recibidos, y correspondéis como demonios!

PIZ. ¡Las-Casas!

LAS-C. Escucha, Pizarro; jefes, atended. Y tú, Omnipotente Ser, cuyo rayo puede reducir a polvo la diamantina roca, cuyo relámpago es capaz de penetrar hasta el corazon de la hendida tierra, haz con tu poder que surtan efecto las palabras de tu siervo, asi como tu espíritu dá aliento a su voluntad! No renoveis, jefes; paisesanos, no renoveis, os lo suplico, las inicuas atrocidades que ha descargado vuestra insaciable avaricia sobre esta raza inocente y sin ventura. Mas en balde son mis suspiros, e inútil mi dolor; en balde embarga mis potencias la angustia que parte el corazon. Tan solo pido que me envieis otra vez adonde estan esos infelices, que apellidais enemigos. ¡Oh! Si quereis que sea el nuncio de vuestro arrepentimiento, os prometo volver con palabras de paz, con bendiciones, de su parte ¡Lloras, Elvira! Mas ¡ai! Solo tú te conmueves en crisis tan tremenda.

ALM. Porque no hai aquí mas mujeres que ella y tú.

PIZ. Acabe ya esta guerra de ociosas palabras: el tiempo vuela, y perderémos la ocasion. Compañeros, ¿no opinais por atacar inmediatamente?

ALM. Sí.

LAS-C. ¡Hombres sanguinarios! (*Se arrodilla.*) ¡Dios mio! Tú has unjido a este tu siervo, no para que maldiga, sino para que bendiga a mis compatriotas; y sin embargo, el bendecir ahora sus fuerzas, seria blasfemar de tu bondad. (*Levántase*)-¡No! yo maldigo vuestra empresa, homicidas!... maldigo el vínculo de sangre que os une! Venga la discordia, y la infamia, y la derrota a trastornar vuestros

proyectos, y burlar vuestras esperanzas! De cuenta vuestra y de vuestros hijos sea la sangre inocente, que en este día a derramarse vá! De vosotros me alejo, y para siempre!—No mas se cauterizarán mis fatigados ojos con tanto horror presenciado.—Corro a esconderme en bosques y en cavernas: ántes que con vosotros, quiero comunicar con los tigres y fieras bravías; y cuando al cabo volvamos a juntarnos ante el bendecido tribunal de aquella Deidad, a cuyas puras doctrinas y misericordias sois infieles en este día, entonces sentireis en el alma la agonía y el dolor que ahora destrozan el pecho de vuestro acusador! (*Trata de salir.*)

ELV. ¡Oh! llevadme con vos.

LAS-C. No, quédate, alucinada dama: yo solo estoy de mas aquí. Quizas será bastante tu amabilidad a infundir piedad, por la que en balde abogaron la razon y la relijion. ¡Oh! salva, si puedes, a tus inocentes co-criaturas: así redimirás tus flaquezas, y alcanzarás la merced que concedes. (*Váse.*)

PIZ. ¿Qué es esto, Elvira?... quieres abandonarme?

ELV. No sé lo que me pasa, ¡tal estoy de asustada! Vuestra inhumanidad!...y ese buen Las-Casas!—¡Oh! ahora poco me figuraba ver en él algo mas que un ser celestial, y en vosotros todos algo peor que terrenal.

PIZ. La compasion a veces sienta bien a la beldad.

ELV. Y la humanidad siempre bien al vencedor.

ALM. Gracias al cielo, libres estamos ya de ese viejo moralista.

GONZ. Espero que vaya a juntarse con su discípulo predicador, Alonso.

PIZ. Vámonos ya a reunir la tropa y a marchar. La hora del mediodia es la del sacrificio. Despues de consultar lo necesario con los guías, daré el itinerario a cada uno de los jefes de division. Si logramos la sorpresa, triunfaremos; y triunfando, se nos abren las puertas de Quito.

ALM. Y Pizarro será entonces monarca del Perú.

PIZ. Despacio: la ambicion a veces debe tomar consejo de la prudencia. Preciso es que Atahualpa empuñe todavia el cetro, y que

Pizarro parezca depender de España, hasta que la mano de la hija de aquel monarca, esa prenda de la paz en lo venidero, asegure la orgullosa sucesion de la corona que anhelo.

ALM. Bien pensado: se echa de ver que en los planes de Pizarro la sabiduría del político guia el valor del guerrero.

VALV. (a Elvira) ¿Oyes, Elvira?

ELV. ¡Oh, si! mui bien pensado: excelente cosa!

PIZ. ¿Estás ofendida? Siempre será Elvira dueño de mi corazon. Pero acuérdate que se trata aqui de una corona.

ELV. ¿Ofendida?—No. Bien sabes que tu gloria ha sido mi ídolo siempre; tu accion será la mas gloriosa, la mas justa, la mas honrosa.

PIZ. ¿Qué quieres decir?

ELV. Nada: mera charla de mujer, quizas un ímpetu de celos; pero esto no debe embarazar la carrera del héroe rejio. (*Sonido de trompetas fuera*). El clarin os llama a la lid. Marchad, pues, y vosotros, esforzados y dignos compañeros de su gloria, seguidle.

PIZ. ¡Y qué! ¿no vendrás tu conmigo?

ELV. Sin duda alguna: yo debo ser la primera en saludar al futuro monarca del Perú.

(*Entra Gomez.*)

ALM. ¡Y bien, Gomez! ¿qué nuevas traes?

GOM. En aquella colina sorprendimos entre unos cocos a un cacique anciano: escapar no pudo, y le cojimos con uno de los suyos sin resistencia: pero sus labios no han proferido sino palabras de odio y menosprecio.

PIZ. Traedle al punto.

(*Sale Gomez de la tienda, y vuelve conduciendo a Orizombo y otro indio.*)

PIZ. ¿Quien eres, extranjero?

OROZ. Primero decidme: ¿quien de vosotros es el capitan de esta partida de salteadores?

PIZ. ¡Ha!

ALM. ¡Insensato! Arrancadle la lengua, o sinó.....

OROZ. Oirás verdades.

DAV. (*Mostrando el puñal*) ¿Se lo clavaré en el corazón?

OROZ. (*a Pizarro*) ¿Se vanagloria tu ejército de muchos héroes como este?

PIZ. ¡Desvergonzado! tu insolencia ha fallado sobre tu destino. Morirás, pícaro viejo. Pero ántes dí lo que sepas.

OROZ. Solo sé lo que acabas de asegurarme; que he de morir.

PIZ. Menos audacia quizás te hubiera salvado la vida.

OROZ. Mi vida es como un árbol ya marchito; no vale la pena de conservarse.

PIZ. Escucha anciano. Ahora mismo vamos a marchar sobre el ejército peruano. Sé que hai una senda desconocida que conduce al punto que habeis fortificado entre las rocas; guianos allá, y tu recompensa será lo que pidas. Si deseas riquezas.....

OROZ. Ja, ja, ja!

PIZ. ¿Mi oferta desprecias?

OROZ. La desprecio, y a tí tambien.—¡Riquezas!... Poseo un tesoro en dos hijos queridos y esforzados: otro tesoro tengo en el cielo, el que premia las buenas acciones acá en la tierra: pero el principal de todos lo traigo conmigo.

PIZ. ¿Y cual és ese?—Dí.

OROZ. Te lo diré, porque jamas podrás poseerlo tú: el tesoro de una conciencia pura y sin mancha.

PIZ. Juzgo que ningun otro peruano se atrevería a hablar como tú.

OROZ. ¡Ojalá pudiera yo persuadirme de que ningun otro español seria osado a hacer lo que tú!

GONZ. ¡Empedernido pagano!—¿A qué número asciende vuestra tropa?

OROZ. Cuenta las ojas de aquella selva.

ALM. ¿Cuál es el punto mas débil de vuestro campo?

OROZ. ¡Punto débil en él!... no le hai: por todas partes está fortificado por la justicia.

PIZ. ¿Donde habeis escondido vuestras mujeres y vuestros hijos?

OROZ. En el corazón de sus maridos y de sus padres.

PIZ. ¿Conoces a Alonso?

OROZ. ¡Si le conozco! — ¿Cómo no he de conocer a Alonso?... al bienhechor de nuestra nación?... al anjel tutelar del Perú?

PIZ. ¿Cómo ha merecido ese título?

OROZ. No pareciéndose a tí.

ALM. ¡Y quien és ese Rola, que está asociado con Alonso al mando?

OROZ. A eso te voi a responder, porque gusto de oír y repetir el nombre del héroe. Rola, pariente del rei, es el ídolo del ejército; es en la guerra un tigre acosado por la lanza del cazador; es en la paz mas manso que el tierno corderillo. Un tiempo estuvo apalabrada Cora para desposarse con él; mas viendo Rola que ella preferia a Alonso, renunció a su pretension, y temo que a su reposo tambien, sacrificándose a la amistad y a la dicha de Cora; no obstante que todavia la ama con puro y santo ardor.

PIZ. ¡Romancesco salvaje! pronto le encontraré!

OROZ. Mejor será que no: una sola mirada de su noble ojo te haria morir de terror.

DAV. ¡Calla, o tiembla!

OROZ. ¡Ladron desbarbado! Sábeta que hasta ahora no he temblado sino delante de Dios.—¿y temblaria ante un hombre? ante tí, que menos que hombre eres?

DAV. Pronuncia otra palabra, audaz pagano, y te hiero,

OROZ. ¡Hiere cristiano!... y luego jáctate entre los tuyos, diciendo: «yo tambien maté un peruano».

DAV. Anda, la venganza y el infierno sean contigo. (*Le hiere.*)

PIZ. Tente.

DAV. ¿Cómo aguantabas por mas tiempo tales insultos?

PIZ. ¿Y por eso le haces morir sin tormento?

OROZ. ¡Cierto! Ya lo oyes, jóven: tu insensata temeridad me ha salvado de los crueles dolores que me aguardaban, y tambien tú has perdido una leccion útil: habrias visto, en efecto, con cuanta barbarie da tormento la venganza, y con qué paciencia lo sufriera la virtud.

ELV. (*Sosteniendo en su pecho la cabeza de Orozimbo.*) ¡Monstruos

sois vosotros todos! Alza los ojos, inocente mártir; álzalos una vez mas, y dame la bendicion antes de morir. ¡Dios mio!... ¡Cuánto te compadezco!

OROZ. ¡Compadecerme a mí, estando tan próximo a la felicidad! Bendita seas, señora!....Españoles, convierta el cielo vuestros corazones, y os perdone cual os perdono yo!

(*Sacan a Orozimbo moribundo.*)

PIZ. ¡Quita allá, Dávila...si otra vez cometes atentado semejante...

DAV. Perdona un ímpetu de indignacion que...

PIZ. Basta: desatad a ese pobre hombre, y que se marche. Bueno será que vaya a dar cuenta de la benignidad con que tratamos a la mas insolente provocacion.—Véd, ya se mueven las tropas.

EL PERUANO PRESO, (*pasando junto a Elvira*). Si por tu influjo se logrará preservar de insultos los restos de mi pobre señor...

ELV. Ya te entiendo.

EL PERUANO. Sus hijos te agradecerán la caridad, si es que no vengan la suerte de su padre.

PIZ. ¿Qué dice el esclavo?

ELV. Te dá gracias por tu bondad.

PIZ. Ya se acercan la guardia y los guias. (*Los soldados marchan por entre las tiendas*). Seguidme, amigos; cada cual a su puesto; y ántes que el Dios del Perú llegue a su ocaso, la bandera española, bañada en sangre, tremolará en las murallas de la humillada Quito.

(*Salen todos, ménos Elvira y Valverde.*)

VALV. ¿Será presuntuoso en mí alimentar esperanzas; ahora que se horroriza y aterra el alma de Elvira?

ELV. Pierdo el juicio a impulso del remordimiento y del terror. ¡Oh, si pudiese alejarme de escenas tan horribles!

VALV. ¿No querrás refugiarte en el sincero afecto de Valverde?

ELV. ¿Y qué harías tú para salvarme, o para vengarme?

VALV. Cuanto exija tu desagravio. Habla una palabra sola, y verás tendido, desangrándose, a tus pies.

ELV. Quizás trataremos de esto otra vez: ahora, déjame. (*Sale Valverde.*)

ELV. No; esta venganza no: este instrumento no. ¡Que se diría de Elvira! Ni por un momento hai que pensar en tomar consejo de este traidor indigno. Ente tan miserable, y que ha faltado a la confianza de su protector, ¿qué prenda podrá dar al amor, o al honor?— Pizarro me abandona... ¡a mi, que por él lo sacrificué todo!.. oh, mi Dios!..¿qué no le he sacrificado?—Sofiquemos, no obstante, la indignacion que excita en mi pecho el orgullo ofendido, y probémosle aún.— ¡O hombres!... Vosotros, los que hastiados de la ternura y fidelidad de una amante virtuosa, buskais nuevo deleite en la lascivia y la lisonja, insultad en buen hora, abandonad los corazones, a que disteis vuestra fé, y scfocando el grito de la propia reprobacion, no temais otros peligros, porque a semejantes corazones, por mas que los hayais agraviado y destrozado, les queda el noble refujio de un nombre sin mancilla y de una conciencia sana. Pero, ¡ai del desalmado libertino que abandona la criatura, a quien su arteria privó una vez de toda proteccion natural, de todo íntimo consuelo!—¿Qué es lo que a esa criatura le dejará?— ¡Desesperacion... y venganza!

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Una barranca: vista de un río. — Cora jugando con su hija, y Alonso cerca de ellos embelesado mirándoles.)

CORA. Y bien, confiesa: ¿se parece a tí, o no?

AL. Mas bien se semeja a tí, pues que tiene tu suavidad de rosa y tu dulce sonrisa.

COR. Pero su cabello castaño, el color de sus ojos, Alonso . . . ! O imájen de mi dueño, del adorado de mi corazón! (*estrechando al niño contra su pecho.*)

AL. Este mono picaruelo me parece que me roba, Cora, una porcion de tu amor: por lo menos participa de unas caricias, que antes de nacer él, eran esclusivamente para mí.

COR. No, Alonso: el amor de una madre a su dulce hijo no es un robo que al caudal del padre se hace: antes bien, es una nueva delicia que refluye con un incremento de gratitud en aquel que es el autor del aumento de goces de la madre.

AL. ¿Creiste que lo decia de veras?

COR. Estoi segura de que en breve hablará; y ese será el último de los tres dias de fiesta que la Naturaleza concede, y sanciona, al tierno y ansioso corazón de una madre.

AL. ¿Cuáles son estos tres dias?

COR. Dejando a un lado el éxtasis de su nacimiento, porque ese participa de egoismo, te diré que es el primer dia de regocijo cuando hacen su aparicion primera las albas flores de sus dientes, abriéndose paso por entre los capullos de carmesí en que estaban

engastados: el segundo día de fiesta para el corazón materno es aquel en que, desprendiéndose el niño de los brazos de su padre, corre sin sosten, y se ase, riendo y alborozado, de las rodillas de su madre: es empero mas dulce el tercero, cuando su lengüita balbuciente pronuncia el grato sonido: *papá, mamá* . . . ¡Oh! a ese gozo, ninguno igualarse puede!

AL. ¡Cora adorada!

COR. ¡Oh, Alonso! cada día, cada hora, tributo gracias al cielo por el idolatrado bien que en tí y en él poseo.

AL. No solo al cielo, sino a Rola.

COR. Sí, al cielo y a Rola: ¿y tú también, Alonso, no se lo agradece a entrambos? no eres dichoso?

AL. ¿Puede Cora hacerme esa pregunta?

COR. Y Entonces, dí, ¿por qué es tan ajitado tu sueño? Como es que el silencio de la noche trae y descubre tu desasosiego y tus suspiros con tanta frecuencia a mi oído inquieto y vijilante?

AL. ¡Pues qué! ... ¿no estoy combatiendo contra mi patria, contra mis hermanos?

COR. ¿Y ellos no buscan nuestra destrucción? ... no son todos los hombres hermanos por ventura?

AL. ¿Y si triunfan?

COR. Huiré, y me uniré contigo en la montaña.

AL. ¿Huir con tu hijo, Cora?

COR. ¿Por qué no? crees acaso que, cuando una madre huye del peligro, puede sentir el peso de su hijo?

AL. Cora, mi adorada, ¿deseas que mi corazón esté tranquilo?

COR. ¡Oh, sí, sí!

AL. Corre pues a ocultarte en los montes, allá donde todas nuestras matronas y vírgenes, y la projenie de nuestros guerreros, deben de aguardar el éxito de la contienda. No será Cora la única que resista al deseo de su esposo, de sus hermanas, de su monarca.

COR. Alonso, me es imposible dejarte— Oh, si lo hiciese, en cada instante de ausencia te viera mi fantasía herido, solo, abandonado. No: no puedo separarme de tí.

AL. Conmigo estará Rola.

COR. Sí, mientras dure la pelea, y donde mas ardiente esté, allí se hallará Rola. Él puede vengarte, pero salvarte no: por seguir el peligro, hasta a tí te dejará. Yo empero he jurado no abandonarte sino con la vida; ¿y querrias tú, tú, mi querido Alonso, que faltase a mi juramento?

AL. Sea como quieras. Eres la excelencia misma en todo lo que es grande y amable, en valor, en dulzura, en verdad: mi orgullo, mi contento, y mi todo. ¿Y habrá sobre la tierra necios que busquen la felicidad, y fuera del amor la busquen?

COR. Alonso, me faltan las palabras para darte gracias. El silencio es la gratitud del afecto sincero, y quien procure seguirla por el sonido, perderá el camino. (*Se oyen gritos fuera*) ¿Se acerca el Rei?

AL. No, es el jeneral que sitúa la guardia que ha de cubrir el templo durante el sacrificio: es Rola quien viene, el primero, el mejor de los héroes.

ROLA (*hablando desde adentro*). Entónces colocadlos en la colina que está frente al campo español. (*Entra Rola*).

COR. ¡Rola! mi amigo, mi hermano!

AL. ¡Rola! mi amigo, mi bienhechor! ¿cómo podrán pagar nuestras vidas lo mucho que te debemos?

ROL. Pasándolas en paz y bendicion: como Rola sea de ello testigo, estará mas que recompensado.

COR. Mira este niño: él es la sangre que dá vida a mi corazon: mas si algun día te amase o te reverenciára menos que a su padre caiga sobre él la maldicion de su madre.

ROL. No mas: ¿Qué sacrificio hice que gratitud merezca? El objeto de mi amor era la felicidad de Cora; y pues la veo dichosa, ¿no he logrado mi objeto? no estoi recompensado?—Vaya, Cora: escucha el consejo de un amigo. Fuerza es que te separes de nosotros; que busques las sagradas cavernas, el no profanado asilo adonde piensan retirarse hoi, despues del sacrificio, nuestras matronas y las mismas vírjenes del sol.

COR. ¿No estoi segura con Alonso y contigo, Rola?

ROL. Sabemos que el plan de Pizarro es sorprendernos; y tu presencia, oh Cora, ya que ayudar no puede, sí es capaz de estorbar nuestros esfuerzos.

COR. ¡Estorbarlos!

ROL. Sí, sí.— Mui bien sabes cuanto te amamos tu esposo y tu amigo.— Si estás cerca de nosotros, ¿qué será de nuestros pensamientos, valor y venganza? Ni podremos aprovecharnos de las ventajas obtenidas, por no alejarnos del sitio en que estuvieres colocada, ni disponer de fuerza alguna sino para protegerte a tí. El amante fiel no se atreve a desplegar todo su coraje en la pelea, ni es todo dueño de sí, mientras no sabe que la querida de su alma está fuera del alcance de todo peligro.

AL. ¡Gracias a la amistad! no era otro, Cora, mi empeño.

COR. Ese tímido exceso de amor, que desaliento en vez de valor produce, lisonjea, mas no me convence: la esposa es incrédula.

COL. ¿Y lo es también la madre?

COR. Basta. Haced de mí lo que gustéis. Amigo, esposo, situadme donde queráis.

AL. ¡Adorada mía! ambos te lo agradecemos. (*Marcha tocada afuera*) ¡Oid! Ya se acerca el rei para el sacrificio. Hablando estabas, Rola, de los rumores de sorpresa que corren; y te diré que falta un criado mio, sin que sepamos si es porque le hayan tomado, o porque sea traidor.

ROL. Nada importa, por do quiera estamos preparados. Ven Cora; sobre el altar que entre las rocas está, implorarás al cielo para que bendiga nuestra causa. La piadosa plegaria de la trémula esposa, y del corazón de una madre, eleva al trono de las Mercedes la mas irresistible súplica del homenaje humano. (*Salen.*)

ESCENA II.

EL TEMPLO DEL SOL.

Marcha solemne. Los guerreros y el Rei entran por un lado del templo: Rola, Alonso y Cora, por otro.)

ATAHUALPA. ¡Bien venido, Alonso! — (*A Rola*) La mano, pariente—(*A Cora*) ¡Bendito sea el objeto del amor de la madre venturosa!

CORA. ¡Bendiga el Sol al Padre de su pueblo!

ATAH. En el bienestar de sus hijos cifra su rei su felicidad. Mis amigos, ¿de qué temple están los soldados?

ROL. Cual conviene a la causa que defienden. Su grito es: ¡Victoria o muerte: nuestro soberano; nuestra patria, y nuestro Dios!

AL. Tú, Rola, que en la hora del peligro has solido animar el brio de los jefes, ¿no lo harás ántes de proceder a consagrar las banderas que tan bien sabe custodiar tu valor?

ROL. Nunca estuvo tan cercana la hora del peligro, ni fué tan innecesario el excitarlos con palabras.—¡Bravos camaradas! Compañeros de mis trabajos, de mis sentimientos y de mi fama, ¿qué vigor podrá añadir la voz de Rola a la virtuosa enerjía que inspira vuestros corazones?—No, mui bien que habeis juzgado, como yo, la fealdad de las engañosas razones con que han querido alucinaros esos osados invasores. Vuestro jeneroso espíritu ha comparado, como el mio, los motivos que en semejante guerra pueden animarlos a ellos y a nosotros. Ellos, por un estraño frenesí impelidos, combaten por el poder, por la rapiña, por extender su dominacion: nosotros, por nuestra patria, por nuestros altares y nuestras familias. Ellos siguen a un aventurero, a quien temen, y obedecen una autoridad que detestan. Nosotros servimos a un monarca, que amamos; a un Dios, que adoramos. Adonde quiera que enfurecidos se dirijen, se vé en su marcha la huella de la desolacion: adonde quiera que como amigos posan, su amistad no deja sino afliccion tras sí. En balde decantan que vienen a mejorar nuestra condicion, a ensanchar el pensamiento, y librarnos del yugo del error: ¿cómo

darian libertad al espíritu los que son esclavos de la pasión, de la avaricia y del orgullo?—¡Nos ofrecen protección!—pero es la protección que el cóndor dá al cordero, cubriéndole y devorándole!—¡Nos invitan a que troquemos todo cuanto bueno hemos heredado y tenemos probado, por la riesgosa suerte de algo mejor que nos prometen! Démosles empero esta sencilla respuesta. «El trono que »honramos nosotros, es por elección del pueblo: las leyes que »reñenciamos, son legado de nuestros padres: la fé que seguimos, nos »enseña a vivir en lazos de caridad con toda la especie humana, y a »morir con la esperanza de ser bendecidos mas allá del sepulcro» Decid esto a vuestros invasores; y decidles tambien que no queremos cambio en nuestra suerte, y menos que todo, el cambio que nos traen ellos!! (*Aclamaciones y vivas de la tropa.*)

ATAH. (*Abrazando a Rola.*) Ahora bien , amigos, tened siempre en la mente verdades tan sagradas, y comencemos el sacrificio.

(*Coro. Sacerdotes y Virjenes.*)

¡Oh, Supremo Hacedor! Mostraos benigno,
Amparad en su angustia a vuestros siervos,
Libertad de pasiones insidiosas
Al corazón; que todos te ofrecemos.

Y tú, ¡alma Luz! aunque de débil coro
Atiende a la plegaria, el ruego escucha;
Que de nuestro temor el sacrificio
Por tu sagrado fuego se consuma.

(*Fuego de lo alto ilumina el altar*)

¡Alabado! alabado! Dios ha oído,
Nuestro Dios, a quien todos veneramos.
Sus llamas el altar tienen ceñido.
Por tanto mírese el acero en mano,
Y Rola coronado de victoria
Haga a sus enemigos mil pedazos.

ATAH. Acepta es nuestra ofrenda: ahora, mis amigos, a las armas; preparaos a la lid!

(*Entra Orano*)

ORANO. ¡El enemigo!

ATAH. ¿Muy cerca?

OR. Miraba yo su fuerza desde la cumbre del cerro, cuando advertí que toda ella se puso en movimiento: precipitados marchan sobre nuestro desierto campo, cual si tuviesen noticia de este solemne sacrificio.

ROL. Salgamos a su encuentro antes que aqui lleguen.

ATAH. Y vosotras, hijas mias, retiraos con vuestra cara prole al lugar de seguridad señalado.

COR. ¡Oh Alonso! (*abrazándole*)

AL. Pronto nos volverémos a ver.

COR. Bendícenos otra vez antes de partir.

AL. ¡El cielo te proteja y te bendiga, amada mia! y tambien a tí, mi inocente hijo!

ATAH. ¡Volemos, volemos! cada instante es precioso.

COR. Adios, Alonso: recuerda que tu vida es la mia.

ROL. ¿Y no hai para Rola un adios? |

COR. (*dándole la mano*) ¡Adios! sea tambien contigo el Dios de la guerra: pero tráeme a Alonso. (*Sale con el niño.*)

ATAH. (*sacando el acero.*) Y bien, hermanos, hijos y amigos, conozco vuestro valor. Si la desgracia nos asalta, sea la desesperacion el sentimiento postrero de nuestros corazones: mas si nos favorece la fortuna, sea el primero la misericordia. Alonso, a tí encomiendo la defensa de la garganta de las montañas. A la derecha del bosque está el puesto de Rola. En cuanto a mí, marcharé adelante a encontrar el enemigo, y pelearé hasta ver salvo a mi pueblo, o hasta que él vea caer a su monarca. ¡El grito de guerra sea: «Dios y el suelo natal!» (*Tócase la marcha, y salen todos.*)

ESCENÁ III.

UN BOSQUE.

(*Entran Rola y Alonso.*)

ROL. Aquí, amigo, nos separamos; mas espero que en breve nos volveremos a juntar triunfantes.

AL. ¡Oh! tal vez nos separamos para no encontrarnos nunca mas. Rola, detente un instante: aun estamos en presencia de nuestras fuerzas: escucha, ántes de partir, una palabra solemne.

ROL. No hai mas palabra ya que *el combate*.

AL. Hai otra todavia: ¡*Cora!*

ROL. ¡Cora!... habla.

AL. La próxima hora ha de traernos.....

ROL. La muerte o la victoria.

AL. Puede ser la victoria para uno, para el otro la muerte.]

ROL. O los dos podemos caer.

AL. Si asi fuere, fio mi mujer y mi hijo a la proteccion del cielo y de mi Rei. Pero si yo solo perezco, Rola, sé tú mi heredero.

ROL. ¿Cómo?

AL. Sea Cora tu esposa, y tú el padre de mi hijo.

ROL. Alonso, vuelve en tí: destierra esas tímidas visiones.

AL. ¡Rola! por mas que me he esforzado, no he podido desechar el presentimiento que me oprime: tú bien sabes que no me acobararé en la pelea; con todo, promete lo que te pido.

ROL. Si fuere la voluntad de Cora, sí, te lo prometo. (*Le dá la mano*).

AL. Dirásle que fué este mi último deseo; y llevarás a ella, y a mi hijo, mi bendicion postrera.

ROL. Esta bien. Ahora, a nuestro puesto, y hablen por nosotros las armas. (*Levantán las macánas.*)

AL. ¡Por el Rei y por Cora!

ROL. ¡Por Cora y por el Rei! (*Salen por distinto lado.*)

ESCENA IV.

VISTA DEL CAMPO PERUANO.

Entran un anciano y un muchacho.

EL ANC. ¿Nadie ha vuelto al campamento?

EL MUCH. Solo un mensajero. Desde el templo marcharon todos a encontrar al enemigo.

ANC. ¡Escucha! oigo el estruendo del combate. Si hubiera conservado la vista, habría tomado ahora una macana, y muerto cual muere un soldado. ¿Estamos solos?

MUCH. Sí. Espero que mi padre esté salvo.

ANC. Hará su deber. Mas cuidado tengo por tí, hijo mío.

MUCH. Yo puedo acompañarte, abuelito.

ANC. Pero si viene el enemigo, te arrancarán, hijo, de mi lado.

MUCH. ¡Imposible, señor! porque a la vez verán que eres anciano y ciego, y que no puedes estar sin mí.

ANC. ¡Pobre niño! qué poco conoces el corazón de esos inhumanos! (*Se oye una descarga de artillería.*) ¿Oíste? cerca ha sido el ruido . . . es el terrible mujir de las máquinas de fuego de los crueles extranjeros. (*Gritos a lo lejos.*) A cada grito, cierro y aprieto involuntariamente la mano, imaginándome que todavía manejo el arma. Mas ¡ai! que ya no puedo servir a la patria sino con mis oraciones! Salve el cielo al Inca y a sus esforzados guerreros!

MUCH. ¡Oh padre mío! ¡como corren los soldados!

ANC. ¿Los españoles, hijo?

MUCH. No: los peruanos.

ANC. ¡Qué!.... ¿huyen del campo?.... No puede ser.... (*Entran dos soldados peruanos.*) Háblales, hijo mío —¿De dónde venis? ¿Cómo vá la batalla?

SOLDADOS. No podemos detenernos; vamos con orden de traer la reserva, que está detras del cerro. Llevamos lo peor de la acción. (*Salen.*)

ANC. ¡Volad! ¡Volad!

MUCH. Veo relucir al sol las puntas de las lanzas.

ANC. Esos son peruanos. ¿Vienen ácia acá?

(*Entra un soldado peruano.*)

MUCH. Háblale a mi padre ciego.

SOLD. Me envían a decir al padre desvalido que se retire entre las rocas: temo que todo se ha perdido, herido está el Rei.

ANC. ¡Pronto, muchacho! llévame al cerro; de donde puedas tú ver la llanada. (*Alarma fuera.*)

(*Entran Atahualpa, herido, Orano, y varios oficiales y soldados.*)

ATAH. Ya está vendada la herida: creedme, el daño es nada; bien puedo volver a la pelea.

OR. Perdonad a vuestro siervo; más el sacerdote destinado para acompañar el sagrado pendon ha pronunciado que una vez vertida la sangre del Inca, es imposible que en el día se alcance ventaja alguna en tanto que él no deje el campo.

ATAH. ¡Dura restriccion!... oh, mis pobres y bravos soldados!... que no he de poder ser testigo de vuestro valor! Pero vosotros, no os detengais aquí; volad a donde están vuestros compañeros; no quiero que por mí falte de su puesto un solo hombre: partid, y vengad a los hermanos caidos. (*Salen Orano y los demas.*)—No me aflijo por mí, pues que mi suerte es lo que menos cuidado dá a mi corazón; si siento y temo, es por tí, pueblo mio.

(*Adelántanse el anciano y el muchacho.*)

ANC. ¿No es la voz de un desdichado la que oí? quien se lamenta de este modo?

ATAH. Uno, a quien casi abandonó del todo la esperanza.

ANC. ¿Vive el rei?

ATAH. Sí vive.

ANC. Entonces no debes desesperar: Atahualpa protege al mas ínfimo de sus vasallos.

ATAH. ¿Y a Atahualpa, quien le protegerá?

ANC. Las potencias inmortales que sobre el justo velan. Las vir-

tudes de nuestro monarca le afianzan a la vez el afecto de su pueblo y la benigna mirada del cielo.

ATAH. ¡Qué impío habria sido yo, si hubiese murmurado! cuan maravillosos son, supremo árbitro, tus actos! En este momento mismo, que yo creí la mas amarga prueba del sufrimiento humano, me has hecho experimentar la mas dulce sensacion de toda mi vida; la seguridad de que mi pueblo me ama.

EL MUCH. (*Mirando a un lado de la escena*) ¡Padre! . . . ¡desconocido! . . . ¿no veis allá a lo lejos a esos hombres horribles, que vienen corriendo ácia nosotros.?

ATAH. ¡Ha! . . . los españoles! . . . y yo, Atahualpa, desventurado fugitivo, sin arma siquiera para probar a rescatar la vida de un monarca!

(*Entran Dávila, Almagro, y soldados españoles.*)

DAV. ¡Él es! . . . realizáronse nuestras esperanzas! . . . bien que lo conozco! es el rei!

ALM. Llevadle; seguid con la presa: evitad a los peruanos, aunque van de fuga. Por aquí podemos volver a nuestra línea. (*Salen Dávila, Almagro y los demas, llevándose a Atahualpa prisionero.*)

ANCIANO. ¡El Rei! . . . desdichado anciano, que no pudiste ver su graciosa forma!—Muchacho, ¿por qué no me pusiste donde me alcanzaran las espadas de esos perversos?

MUCH. Padre, nuestros compatriotas vienen todos huyendo en esta direccion, en busca de asilo.

ANC. No; será para rescatar a su rei: no le abandonarán jamás. (*Alarma afuera*)

(*Entran oficiales y soldados peruanos, y les sigue Orano.*)

ORAN. ¡Alto, que os lo mando yo! Rola os llama.

UN OFICIAL. No podemos resistir sus terribles máquinas.

(*Entra Rola*)

ROL. ¡Alto, villanos, cobardes! ¡Qué! ¿teneis miedo a la muerte, y a la ignominia no? Por vida mia, que he de coser con la tierra al primero que se mueva; o si no, clavad la pusilánime macana en el pecho de vuestro jefe para que no sea testigo de vuestra vergüenza.—Decid, ¿donde está el Rei?

OR. Por este anciano y este niño sé que le ha sorprendido el destacamento enemigo, que tan precipitadamente observasteis que salió del campo; pero aun están a la vista.

ROL. ¡Y se llevan al Inca prisionero! lo ois, jente baja y desleal? Mirad hácia allá: ese polvo que percibis, es el que levanta la huella del sanguinario español, que con befa brutal arrastra a vuestro Rei, a vuestro padre. ¡Atahualpa en cadenas!....Huid ahora, buscad vuestra vil seguridad, si podeis!

ANC. ¡Bendita sea la voz de Rola! y bendito tambien el golpe que otro tiempo lamenté, supuesto que a mis estinguidos ojos les ahorra la vergüenza de ver a estos miserables, pálidos y azorados, que no se atreven a seguir a Rola, ni aun para salvar a su Rei!

ROL. ¿Temblais al bramido del trueno enemigo, y no morís a tal reconvencion? ¡Ah! si cada uno de vosotros tuviese una gota siquiera de la sangre que en balde se agolpa al noble corazon de este veterano sin vista!...¡Vilipendio eterno a vosotros todos, si me abandonais ahora!—Pero marchaos; yo solo iré, solo, a morir con gloria al lado del monarca!

LOS SOLDADOS. ¡No, Rola; te seguimos!

(Sale corriendo Rola, seguido de Orano y los demas.)

ANC. ¡O Rola divino!...y tú, Sol, despide de las nubes vengadores rayos en su auxilio!—Pronto, muchacho: sube a alguna altura, y cuéntale a mi impaciente terror lo que vieres.

MUCH. Puedo trepar a esa roca, y luego al árbol que sobre ella está. *(Súbese a la roca, y en seguida al árbol).*—Ya los veo....ahora sí....y a los españoles dando la vuelta junto al precipicio.

ANC. ¿Y los sigue Rola?

MUCH. Sí....sí....con la velocidad de una flecha.... ahora está haciendo señas a la tropa con la mano. *(Oyese el estampido del cañon.)* Allí veo fuego y humo.

ANC. Sí, el fuego es el arma de esas furias.

MUCH. El viento sopla el humo; todos están ya juntos, mezclados.

ANC. ¿Vés al Rei?

MUCH. Sí, Rola está cerca de él. Su macana despide fuego en cada golpe.

ANC. ¡Bendito seas, Rola! no perdones a esos mónstruos.

MUCH. ¡Padre, padre! huyen los españoles ¡oh! ya veo al Rei, que abraza a Rola!

(*Grito de victoria, toque de trompetas*).

ANC. (*arrodillándose*) ¡Fuente de la vida!... ¿cómo podrá mi exhausto aliento elevar gracias a tí por este solo instante de mi vida!— Bájate, hijo mio; ven, que te abrace!... Me siento desfallecer.....

MUCH. Allá voi a socorrerte... ¡cómo tiembblas!

ANC. ¡Es de gozo, hijo mio! (*El muchacho se le lleva*).

(*Vocería, sonido de trompetas. Entran Atahualpa, Rola y los peruanos.*)

ATAH. En nombre de mi pueblo, de cuyo soberano has sido en este día el salvador, acepta este emblema de su gratitud. (*Le dá a Rola su S. l de diamantes*). La lágrima que sobre él derramo, puede empañar su lustre un momento, no disminuir en manera alguna el valor de la dádiva.

ROL. La mano del Cielo fué, no la mia, quien salvó a mi Rei.

(*Entran un oficial y soldados peruanos.*)

ROL. ¡Y bien!— ¿qué nuevas de Alonso?

EL OFICIAL. El valor y la habilidad de Alonso en breve acabaron con el terror pánico que en un principio cundió en nuestras filas; mas me temo que habrémos de llorar su pérdida, pues su ardimiento le hizo avanzar demasiado en persecucion del enemigo.

ATAH. ¡Qué!... ¿perezó Alonso?

UN SOLDADO. Yo le ví caer.

OTRO. Credme a mí: le ví levantarse y combatir de nuevo: estaba entonces rodeado de tropa, y desarmado.

ATAH. ¡Oh victoria tan caro comprada!

ROL. ¡Cora! ¿quien te dará esta noticia?

ATAH. Rola, si hemos perdido nuestro amigo, la patria está salva; y el dolor privado debe ceder el paso al regocijo público por el triunfo obtenido. Vamos ahora a cumplir con el primero, el mas sagrado, de los deberes que impone la victoria: vamos a enjugar el llanto de aquellas viudas y huérfanos, cuyos esforzados protectores sucumbieron en defensa de la causa de su patria!

(*Marcha triunfal. Salen todos.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

Un lugar retirado y silvestre: Cora, su hijo, otras mujeres y niños descubiertos.

(Las mujeres cantando alegremente:)

No retardes la hora ansiada:
¡Oh tiempo! corre veloz:
Corre, ¡oh tiempo! que mitigas
Las penas del corazón.
Que aparezca la muerte espantosa
No la tememos:
Con amigos valientes que amamos
La partiremos.

(Entra un soldado peruano jadeando.)

LAS MUJERES. ¡Y bien! ¿alegría, o muerte?

SOLD. Llevamos perdida la batalla; el rei fué herido, y cayó prisionero.

MUJERES. ¡Oh desesperacion! ¡oh miseria!

COR. *(con voz desmayada,)* ¿Y Alonso?

SOLD. No le he visto.

UNA MUJER. ¡A donde huirémos?

OTRA. A lo mas retirado del bosque.

COR. De aquí no he de moverme.

OTRO PERUANO. *(gritando desde afuera.)* ¡Victoria! ¡victoria!
(Entra.) ¡Regocijaos!... hemos triunfado!

UNA MUJER. (*abrazándole*) ¡Bien venido, nuncio de alegría!....
¿mas el Rei?

EL SOLD. Capitaneando viene a los bravos guerreros, que ya llegan.

(*Oyese a lo léjos la marcha triunfal del ejército.*)

¡Silencio!... ¡qué!... ¿no oís?—Allá distante

Ruido de marcha los oídos hiera.

¡Escucha!... aun es mayor de aquel collado,

Y con su aumento los horrores crecen.

(*Entran varios guerreros cantando.*)

Y pues la victoria libre nos hizo,

Volemos a ver a nuestros amigos.

(*Entran Atahualpa, Rola y otros.*)

ATAH. ¡Gracias, gracias, hijos míos! No tengo novedad, creedlo: una vez restañada la sangre, la herida es nada.

(*Cora al fin se acerca a Rola, el cual aparentaba algo pesaroso evitar su encuentro.*)

COR. ¿Donde está Alonso?

ATAH. Siento no verle aquí.

COR. ¿Y esperabais encontrarle?

ATAH. Con mucha ansia.

COR. ¡Atahualpa!.... ¿no ha muerto?

ATAH. No: los Dioses habrán oído nuestra súplica.

COR. ¿No ha muerto, Atahualpa?

ATAH. Vive..... en mi corazón.

COR. ¡Rei, no me atormentéis así!.... hablad, ¿no tiene padre este niño?

ATAH. Amadísima Cora, no de este modo destruyas la poca esperanza que aun nos queda.

COR. ¡La poca esperanza!.... ¿con que alguna hai todavía? Díme algo, Rola; tú, de la verdad eres amigo,

ROL. No se ha encontrado a Alonso.

COR. ¡No se ha encontrado!... ¿y qué quieres decir con eso?... no me dices, Rola, la verdad?—¡Oh! no me hagas oír el trueno de los truenos; caiga el rayo, y abráseme de un golpe los sesos!—¡No digas que no se ha encontrado! de una vez dí que ha muerto!

ROL. Entónces diría lo que es falso.

COR. ¡Falso!..., ¡Bendito seas por esa palabra!... Pero sacadme de suspension tan terrible. Levanta tus manitas, hijo mio; tu ignorancia quizás abogue mejor que la agonía de tu madre.

ROL. Alonso ha caído prisionero.

COR. ¡Prisionero!..... ¿De los españoles? ¿de Pizarro?—Entónces muerto es.

ATAH. Espera mejor suerte. El mas rico rescate que nuestro reino pueda ofrecer, un heraldo lo llevará en este instante.

LAS PERUANAS. ¡Oh, sí!—Para rescatar a Alonso, nuestro oro, nuestras preseas, todo, todo!—ten, querida Cora, ten!

(Quítanse todas apresuradas sus joyas y adornos, y se los presentan a Cora.)

ATAH. ¡Sí, por el rescate de Alonso todo lo darian! Gracias te tributo, Padre, por haberme concedido el mandar a tales pechos!

COR. Un favor mas, monarca adorado. Permíteme ir con el heraldo.

ATAH. Acuérdate, Cora, de que no solo eres esposa, sino madre tambien: no aventures tu honor y la seguridad de tu hijo. Con bárbaros semejantes, tu juventud, tu amabilidad, tu inocencia, remacharian mas las cadenas de Alonso, y aumentándose sus temores por tí, se despedazaria mas su corazón. Aguarda, Cora, el regreso del heraldo.

COR. Enseñadme como he de vivir hásta entónces.

ATAH. Ahora, vamos a tributar a los Dioses acciones de gracias por la victoria, y a pedirles por la vida de nuestro Alonso.

(Marcha y procesion. Salen todos.)

ESCENA II.

UN BOSQUE.

(*Entran Cora y su hijo.*)

COR. ¡Anjel de dulzura! ¿qué será de tí? (*Entra Rola.*)

ROL. Cora, a tu orden acudo al lugar señalado.

COR. ¡Oh hijo mio!.... hijo querido!.... ¿aun tendrás padre?

ROL. ¡Cora! ¿puede faltarle padre a tu hijo, viviendo Rol?

COR. ¿Y en breve no le faltará madre también?... acaso crees que yo sobreviviré a la pérdida de Alonso?

ROL. Sí, por amor de su hijo—Sí, ya que amaste a Alonso, Cora, escucha al amigo de Alonso.

COR. Preciso sería para eso oír a todo el mundo, pues ¿quien no era de Alonso amigo?

ROL. Sus últimas palabras

COR. (*desatentada*) ¡Sus últimas palabras!.... ¡Oh! habla!....

ROL. Me confiaron dos encomiendas preciosas: su bendición a su hijo, y su postrera petición a tí.

COR. ¡Su postrera petición!... la postrera!... Oh, dila!

ROL. Si perezco, me dijo todo ajitado de tristes presentimientos al hablar, prométeme que tomarás a Cora por esposa, y serás el padre de mi hijo.—Le dí mi palabra, y nos separamos. Atiende, Cora: esto te lo repito porque empeñé a Alonso mi fé de que así lo haria; pues en cuanto a mí, ni abrigo pretension, ni esperanza tampoco.

COR. ¡Há!... ¿me abandona la razon, o qué horrible luz es esta que penetra en mi cerebro?—¡Oh, Alonso, quizá has sido víctima de tu corazon candoroso! si hubieses guardado silencio, si no hubieras hecho el fatal legado de estos funestos encantos. . . .

ROL. ¡Cora! ¿qué odiosa sospecha se ha apoderado de tu ánimo?

COR. ¡Sí, sí, claro es!... se le armó una trampa; se le condujo al fatídico sitio, donde ningun valor mortal era capaz de arrostrar una hueste entera de asesinos.....y cayó, pidiendo en vano auxilio a Ro-

la!—Tú lo viste desde lejos, y te sonreiste: pudiste haberle salvado, y no lo hiciste!

ROL. ¡Oh, Sol glorioso!... ¿he merecido esto?—Cora, mas valiera que me hubieses atravesado el pecho con esta arma.

COR. ¡No!.. vive, vive para el amor....para ese amor que ansias... cuyas flores han de brotar de la ensangrentada huesa de tu amigo, vendido, asesinado!—Tú me has traído las palabras postreras de Alonso, ¿no es verdad?—Pues ahora, oye las mias.—Antes sacaré este niño veneno de mi pecho atormentado; yo me uniré con el pálido cadáver del mas infeliz de cuantos con Alonso perecieron, ántes que mi hijo llame padre a Rola....ántes que a Rola le llame yo esposo!

ROL. En hora buena. Pero llámame lo que soi: tu amigo, tu protector.

COR. (*fuera de sí*). ¡Apártate! yo no tengo otro protector que mi Dios! Con este niño en los brazos, volaré al campo de matanza.... allí, con estas manos, sacaré a luz todos los despedazados cadáveres, buscando entre ellos, por mas que lo haya desfigurado la Muerte, el dulce reír de mi Alonso....con gritos espantosos pronunciaré su nombre, hasta que revienten las venas... y si queda la menor centella de vida, él conocerá la voz de Cora; abrirá por un momento sus ojos desguarnecidos, y me bendecirá con una última mirada.—Pero si no le hallamos, ¡oh! entónces, hijo mio, irémos al campamento español; tu vista me abrirá paso por entre mil espadas, pues ellos tambien son hombres. ¿Hai por ventura un corazon tan solo, capaz de repeler a la consorte que vá en busca de su desangrado esposo, o al inocente infante que clama por su padre prisionero?—No, no, mi hijo: estarémos seguros por do quiera. Una madre infeliz, que carga en sus brazos un pobre huérfano, lleva pasaporte de la naturaleza por el mundo entero. Sí, sí, hijo mio: vamos a buscar a tu padre. (*Sale con el niño*).

ROL. (*Despues de un momento de agitacion.*) A haber merecido yo, Cora, una sola de esas palabras con que me has reprochado, seria tan infame cuanto creo estar distante de haber sido formado para

serlo.—Pero lo principal de todo ahora, debe ser proporcionarle a ella seguridad: despues, la convenceré de que me ha injuriado.

(Sale).

ESCENA III.

TIENDA DE PIZARRO.

PIZARRO. (*Paseándose ajitado por el proscenio*). ¡Y bien, caprichoso ídolo, Fortuna, complácete, alábate de mi ruina....no obstante, siempre seré quien soi!—Pero ántes de sucumbir, dame una sonrisa tuya para consumir un solo acto de venganza, y esa sonrisa sea la muerte de Alonso. (*Entra Elvira.*)—¿Quien está ahí? quien se atreve a interrumpirme? cómo ha faltado mi guardia a su deber?

ELV. Tu guardia hizo lo que pudo; pero conocia mui bien su obligacion para forzarme a cumplir con tus órdenes, cuando yo me negaba a obedecerlas.

PIZ. ¿Y qué es lo que deseas?

ELV. Ver como sobrelleva un héroe el infortunio. En este momento, Pizarro, ni estás sereno, ni eres quien solias.

PIZ. ¿Quieres que esté contento, cuando el acero del enemigo, dirigido por el maldito Alonso, ha atravesado el pecho de mis bravos compañeros?

ELV. No; quisiera que fueses frio y lóbrego como la noche que sigue a la tempestad; sosegado e imponente como la solemne pausa que precede a la convulsion de la Naturaleza; y con todo, querria verte persuadido de que rayará un nuevo dia, en que revivirá con mas brios el coraje del guerrero, sin temer lo futuro, ni lamentarse de lo pasado.

PIZ. ¡Mujer!... Elvira!... ¿por qué no tendrá toda mi jente uncorazon como el tuyo?

ELV. ¡Ojalá!—Entonces habria ceñido tus sienes en este dia la corona de Quito.

PIZ. ¡Oh! no tengo esperanza de lograrlo, mientras al enemigo le mande Alonso, ese azote de mi vida y de mi fama.

ELV. Yo he venido a probar de todo punto en el héroe, no ya su valor, sino su magnanimidad: Alonso es tu prisionero.

PIZ. ¡Qué dices!

ELV. La verdad. Valverde le vió conducir a tu campo con grillos; y he querido ser yo quien te diera la noticia.

PIZ. Bendígate por ella el cielo, Elvira.—¡Alonso en mi poder!... entonces vencí!... ¡mío es el triunfo!

ELV. Semejante victoria es salvaje y nada varonil. Créeme has excitado deseo en mí de ver al hombre, cuyo valor y talentos amedrentan a Pizarro; cuya desgracia dá el triunfo a Pizarro; cuya prision infunde a Pizarro seguridad.

PIZ. ¡Guardia! (*Entra uno de la guardia*). Traed aquí al prisionero español Alonso!... Pronto, ¡venga aquí el traidor! (*Sale el soldado*).

ELV. ¿Qué suerte le deparas?

PIZ. ¡La muerte, la muerte!... en tormentos horribles, prolongados hasta donde pueda idear la mas sañuda venganza, hasta donde sostenerlos pueda la vida en la agonía!

ELV. ¡Qué vergüenza!—¿quieres que se diga que los peruanos encontraron que Pizarro no pudo vencer, hasta que experimentó Alonso que Pizarro podía asesinar?

PIZ. Digan lo que quieran; poco importa: su suerte está decretada.

ELV. Haz tu voluntad, pero acuérdate de lo que voy a decirte. Si vilmente derramas la sangre de este valiente jóven, Elvira es por siempre perdida para tí.

PIZ. ¿Y qué interés por un extraño es este? ¿qué te importa la suerte de Alonso?

ELV. ¡Su suerte! Nada.—¡Tu gloria! Mucho.—¿Piensas que yo te amaré, sin fama, sin honor, sin justa nombradía?—No me conoces.

PIZ. Ni tú tampoco a mí: de lo contrario, sabrias que, una vez provocado a aborrecer, jamas abandono la idea de vengarme. (*Entra Alonso con grillos y escolta*). ¡Bien venido, bien venido, D. Alonso de Molina!... mucho tiempo hace que no nos hemos visto: tu

aspecto manifiesta que has pasado la vida en campestre indolencia. ¿Cómo es que, en medio de los trabajos y los cuidados de la guerra, conservas esa flor de salud que solo dá el blando ocio? — Dime tu secreto.

AL. De nada te servirá. Cualesquiera que hayan sido los cuidados y los trabajos de la guerra, la paz ha morado siempre aquí. (*Poniéndose la mano en el corazón.*)

PIZ. ¡Sarcástico joven!

ELV. Bien te ha contestado. ¿A qué mofarse del infortunio?

PIZ. Y me han dicho que también estás casado, ¿no? . . . y que eres padre de un hermoso niño... heredero, sin duda, de toda la lealtad de su padre, de toda la fidelidad de su madre.

AL. Me lisonjeo, sí, de que será el heredero de todo el odio de su padre al fraude, a la opresión, a la hipocresía; de toda la virtud, dulzura e injenuidad de su madre: heredero también de todo el aborrecimiento de Pizarro.

PIZ. ¡Sí!... en verdad que me dá lástima ese pobre huérfano: el Sol de mañana verá sin padre a tu hijo.—Alonso, numeradas están tus horas.

ELV. No, Pizarro.

PIZ. Retírate o teme mi cólera.

ELV. Ni me retiro, ni tu cólera temo.

AL. ¡Amable y jenerosa criatura! no malgastes así tu piedad: en balde es pretender que suelte el tigre la presa que en sus garras tiene.

PIZ. ¡Audaz rebelde! traidor a tu Reil...de tu Dios renegado.

AL. ¡Falso!

PIZ. ¿No eres, dís, desertor de las lejiones de tu patria? y con víles paganos coligado, ¿no has guerreado contra tu suelo natal?

AL. ¡No, desertor no soi; yo no nací entre ladrones, piratas y asesinos!--Cuando esas lejiones, dominadas por la detestable pasión de la codicia y excitadas por tu loca ambición, se olvidaron del honor castellano, y violaron los deberes de la humanidad, ellas fueron las que de mí desertaron. No he guerreado yo contra mi país natal,

sino contra los que han usurpado su poder. Los pendones de mi patria, cuando en ellos me alisté y cuando tomé las armas, tenían por lema, *justicia, fe, misericordia*. Si ese lema se ha borrado, si se han abatido y pisoteado esos pendones, no tengo patria, ni existe potestad alguna con derecho a reprocharme rebeldía.

PIZ. Existe a lo menos autoridad para juzgarte y castigarte.

AL. ¿En donde están mis jueces?

PIZ. ¿Quieres apelar al consejo de guerra?

AL. Si aun tiene en él asiento el buen Las-Casas, sí, de lo contrario, apelaré al cielo.

PIZ. Y para alucinar al necio de Las-Casas, ¿cómo disculparias tu traicion?

ELV. ¡Las-Casas necio!—¡Asi estima tu sabiduría empedernida sus suaves preceptos!... ¡Ah! ¡ojalá hubiese vivido yo, cual moriré, partícipe de las necedades de Las-Casas.

AL. A él no tendria yo necesidad de manifestarle las bárbaras atrocidades que me forzaron a separarme de vosotros: le tomaria blandamente de la mano, para hacerle ver las risueñas campiñas de Quito: allí, en muchos parajes, donde ántes todo era árido y erial, le enseñaria ahora frutos en flor, espigas, perfumados pimpollos; dulces y tímidas prendas de deliciosa cosecha, que elevan su incienso al sol que ha de madurarlas, y prometen abundante esperanza a la industria y le diria; «esto es mi obra».—Luego le explicaria como es que usos nocivos, y extrañas y feroces supersticiones desalientan con frecuencia y descarrian a esos hombres inocentes e ilusos.—Despues le mostraria los apiñados cortijos, donde viven ahora como hermanos, sociables, confiados, trabajando contentos mientras dura el dia, y entreteniendose en alegres pasatiempos hasta que llega la hora del descanso; y le diria: «tambien esto es mi obra!»—Y mas orgulloso aun, en la solemne pausa que media entre el trabajo y el sosiego, y que no forma parte de la labor, ni del ocio, ni del reposo, sino que se consagra a aquel que todo lo ordena y todo lo sanciona, le haria ver muchos ojos, muchas manos, del error sacados por la mansedumbre, levantados en ésta-

sis de pura devocion al Dios verdadero y único; y «esto tambien (te diria) es obra de Alonso!»—Entónces me estrecharia Las-Casas en sus debilitados brazos; de sus abatidos ojos caeria sobre mi cabeza una lágrima de agradecimiento; y esa gota bendita seria para mí la mejor prueba del mundo de que yo habia obrado bien acá en la tierra, y la mas segura esperanza de que recibiré allá en el cielo merced y recompensa del Criador!

ELV. ¡Feliz y virtuoso Alonso!—Y tú, Pizarro, esperas atemorizar con la muerte a quien así piensa y obra!

PIZ. ¡Atrevido! obstinado entusiasta!—Pero sábetе que no ha de valerte aquí la piadosa bendicion de las lágrimas de tu maestro: él ha huido, como tú: como tú para unirse, sin duda, a los enemigos de la España. La peligrosa prueba de la recompensa inmediata que aguardas, está mucho mas cerca de lo que tú imaginas, puesto que para vengar los agravios de la patria, y los míos, el sol de mañana alumbrará tu muerte.

ELV. Tente, Pizarro; óyeme. Ya que no siempre procedes con justicia, a lo ménos procede siempre con magnanimidad.—No nombres para nada los agravios de la patria; visto es que no tienen parte en tu resentimiento.—El furor que contra este jóven te anima, no es mas que efecto de odiosidad privada y mortal de venganza personal. Si así es,—y esa mirada tuya está en este momento vendiendo a tu conciencia,—no profanes el nombre de la justicia, ni el de la causa de la patria: déjale armarse, vete a encontrarle de igual a igual en el campo.

PIZ. ¡Calla, oficioso abogado de la traicion! Llevadle de aquí; ya sabe su sentencia.

AL. Pronta es tu venganza, y te lo agradezco: esa prontitud la recibo cual una merced. En cuanto a tí, dulce defensora de la causa del infortunio, acepta mi mas vivo reconocimiento por despedida. En este campo no estás en tu esfera: si morases entre aquellos que llaman salvajes, encontrarías compañeros mas dignos de tu corazon.

PIZ. Sí, ella le llevará a Cora la noticia de tu muerte.

AL. ¡Bárbaro, inhumano!... al menos pudieras haberme ahorrado este dolor! Mas tu malicia no debilitará mi constancia. Yo voi a morir, pero con el consuelo de que muchos bendecirán, y nadie maldecirá mi memoria: — tú en tanto vivirás... mas siempre serás... Pizarro. (*Sale custodiado.*)

ELV. Siento en las mejillas toda la indignacion del menosprecio que me inspira tu baja venganza; y en el alma, vergüenza y confusion.

PIZ. ¿Qué romancesca locura es esta? El es mi enemigo, y está en mi poder.

ELV. En tu poder está, y ya no es, por lo tanto, tu enemigo. Pizarro, no te pido virtud, ni nobleza de corazon te pido: solo exijo que tengas justo miramiento a la fama que has adquirido: no seas asesino de tu propia reputacion. ¡Cuántas veces juraste que mirabas como el mas soberbio triunfo de tu nombradía el sacrificio que el esplendor de tus proezas le arrancó a la deslumbrada Elvira? Mui bien sabes que mi espíritu no se vació en un molde ordinario; que no fuí formada para el blando y retirado amor, para vivir contenta en el seno de los cuidados domésticos, para charlar con ociosa prole, ni para recibir las fastidiosas caricias de un amante obscuro y bondadoso—¡No! mi corazon fué hecho para reverenciar y rendir homenaje al objeto de su adoracion: mis oidos, para no recrearse en otra música que el vibrante pregon de sus alabanzas: mis labios, para despreciar toda otra plática que la narracion de sus proezas: mi cerebro, para trastornarse de deleite, al leer los aplausos que le tributa el agradecimiento de su soberano y de su nacion: todas mis potencias, para trasportarse de gozo al oir los gritos de aclamacion que saludarán la llegada de mi héroe: toda mi alma, para amarlo con devocion!...con entusiasmo!...para no ver otro objeto!...para no sufrir otro lazo!...para que él sea para mí el mundo entero!— Amar así, a lo ménos no es flaqueza comun.—Pizarro, ¿no fué tal mi amor por tí?

PIZ. Sí, Elvira.

ELV. Pues entonces no me hagas execrable a mí misma, quitán-

dote de golpe la máscara ...mostrando en su desnudez la horrible impostura que me perdiera. No ejecutes un acto que, por mas que la adulacion lo presente desfigurado al orbe, ha de hacer que te aborrezcan todas las edades venideras...que te maldiga y desprecie la posteridad.

PIZ. Y si la posteridad ensalza mis hechos, ¿crees que por eso saltarán de placer en la tumba mis alterados huesos?—Celebridad es esa, buena para que sueñen con ella muchachos visionarios; por mi parte no la conozco. La fama que yo estimo, es la que ha de enaltecerme en vida; la que sofoque, a fuerza de aplausos populares, la envidia de mis enemigos; la que favorezca mis miras, y encumbre mi poder.

ELV. Cada palabra que pronuncias, cada momento en que te oigo, disipa la nube fatal al travez de la cual te habia juzgado yo. Hombre de gran nombradía, pero de alma pequeña, no naciste para apreciar la verdadera fama, la gloria jenuina. ¡Anda! . . .prefiere la adulacion del dia que huye, a la brillante auréola de un nombre que nunca muriese!—¡Anda!...y prefiere mirar el grano de arena que pisas, ántes que contemplar la constelacion de estrellas que lucen sobre tu cabeza! La Fama, deber soberano de toda ambicion noble, no ha de adorarse asi: quien solo busca el homenaje de los vivos, se quedará de humilde postulante en el pórtico de su templo, solicitando promíscuamente del voluble aliento de cada miserable que pasa, el frájil tributo de su alabanza. No se atreve a acercarse al altar sagrado; ninguna noble ofrenda suya se presenta allí; y nunca su adorada imájen, colocada allí, reclamará gloriosa inmortalidad para su memoria.

PIZ. Elvira, déjame.

ELV. Pizarro, ya no me amas.

PIZ. No es asi, Elvira. ¿Mas cómo no he de sospechar, viendo tan grande interés por un extraño?—Retracta tus palabras.

ELV. No, Pizarro: aun no soi perdida para tí: un hilo queda aun, que me liga a tu suerte; y te pido, no por mí, que no lo cortes..... no derrames la sangre de Alonso.

PIZ. Mi resolucion está tomada.

ELV. ¿Aun cuando te cueste perder para siempre a Elvira?

PIZ. Sí.

ELV. Pizarro, ya que no al honor, ya que no a la humanidad, dá oídos a mi cariño; ten en cuenta los sacrificios que por tí he hecho. ¿No abandoné por tí padres, amigos, reputacion y patria? al huir de ellos y precipitarme en tus brazos, no corrí el riesgo de sepultarme en el seno del Oceano? No he participado de todos tus peligros en tierra y en el mar de horrendas tempestades? Aun en este terrible día, en medio de la batalla y de tu rota, ¿quien permaneció firme y constante al lado de Pizarro? quien presentó su pecho por escudo al acosador enemigo?

PIZ. Cierito todo. En amor, eres el portento de tu sexo; en la guerra, el modelo del soldado; y así es que tienes derecho indisputable a todo mi corazón y a la mitad de mis conquistas.

ELV. Convénceme de que poseo el primero, y todos mis títulos a lo demás los cambio.....por el perdón de Alonso!

PIZ. No más. Aun cuando yo hubiese pensado diferir su castigo, cada palabra de las que has pronunciado lo acelera.

ELV. ¿Con que morirá Alonso por la mañana?

PIZ. ¿Crees que aquel Sol vá a ponerse?—pues tan cierto es que, al salir otra vez, verá morir a Alonso.

ELV. En horabuena.... rompióse el hilo.... para siempre.—Pero oye: es cierto que hasta aquí has tenido motivo para dudar de mi entereza, por más que me hayas ofendido.—Pero oye: los labios, que fríos y burlones y brotando venganza con cruel irrisión, pueden insultar a un enemigo rendido, nunca más recibirán una prenda de amor: la mano, que sin desviarse de su sanguinario objeto, condena a inútil tormento la víctima que es fiel a su corazón, nunca más apretará la mano de la fidelidad. ¡Pizarro! no desprecies mis palabras! guardate de menospreciarlas!—Penetrada estoy de lo nobles que son los motivos que en este instante guían mi pensamiento; y a quien no sienta como yo, le condeno: a quien como yo no oíre, le desprecio.

PIZ. Te he escuchado, Elvira; y bien conozco los nobles motivos que te inspiran, dignísima defensora de la causa de la virtud. Pero creeme, tengo lástima de tus tiernos sentimientos por el jóven Alonso.....porque al salir el sol morirá! (*Váse*).

ELV. ¡Bien! justa es mi humillacion.....me habia olvidado de mí misma, y por defender la inocencia hablé el lenguaje de la virtud... fuerza era que se me reprendiese.....¡y por Pizarro!—Caed, caed, escasas y tardías gotas de flaqueza,—las últimas que jamas derramarán mis ojos.—¡Pizarro!...hasta aqui has visto cuanto puede amar una mujer!...aun te queda que saber cuanto es capaz de odiar!....—Sí, impertérrito varon: verémos como arrostras el último, el mas grande peligro de tu vida: haz cara al furor de una mujer irritada.....y sobrevívele, si puedes. (*Sale*).

ESCENA IV.

EL TEMPLO DEL SOL.

(*Sacerdotes y sacerdotisas en el sacrificio.*)

CORO.

Expresemos la alegría
Alzando al cielo la voz,
Y bendigamos al Sol,
Que la victoria ilumina.

(*Salen*).

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

UN CALABOZO.

(Alonso con grillos. Un centinela paseándose por allí cerca.)

AL. Por la última vez he visto al padre de la luz descender entre nubes a su ocaso. Por la última vez veo ahora, por entre las hendiduras de este techo el dulce rutilar de las estrellas. Por la última vez, y mui en breve, o Sol, te veré salir de entre cortinas, convirtiéndolo tus rayos en brillantes gotas de rocío la pálida niebla matutina ¡Vendrá entónces la muerte! . . . mi muerte en la mañana del mismo día, en que!... Mas no, Alonso: no numeres la vida que has corrido por solo los días y las horas que has respirado: una vida bien empleada ha de medirse mas noblemente; no por los años, sino por los hechos. Y siendo así, en vez de murmurar, debes bendecir a la providencia, que en tan corto espacio de tiempo, valiéndose de tí como de instrumento suyo, te ha hecho derramar bienes sin cuento sobre el desvalido y sobre el oprimido. Muere prematuramente, por mas que haya llegado a edad decrepita, aquel de quien no se recuerda ningun beneficio, hecho por él a los hombres. Tan solo vivieron largo tiempo los que virtuosos vivieron.

(Entra un soldado, le presenta un pase al centinela; y este se retira.)

AL. ¿Qué traes ahí?

EL SOLDADO. Algun refresco que me han mandado dejar en vuestro calabozo.

AL. ¿Quién?

SOLD. Doña Elvira; que estará aquí ántes de amanecer.

AL. Dale en mi nombre las mas espresivas gracias; y en cuanto al refrigerio, vuélvetelo a llevar, no lo necesito.

SOLD. He servido a vuestras órdenes, Don Alonso; y me compadezco, (perdonad si así me espreso,) de vuestra suerte (*Vase*)

AL. En el campo de Pizarro no hai duda que requiere perdon el compadecer al desgraciado. (*Mirando ácia fuera*). En verdad que ya vienen débiles albores disipando allá en el oriente las sombras de la noche; una hora de vida solo me queda. ¿Mas a qué estar acechando el amanecer? No importa la obscuridad de este calabozo para dírjite, soberano señor, mi última plegaria . . . ¡ por mi esposa, y por mi hijo! ¡Oh! Concédeles que vivan en inocencia y paz: dispénsales salud y pureza: todo lo demas es nada. *Entrase en el calabozo.*

CENTINELA ¡Alto! ¿Quién es? ¿quién es?

ROL. (*Desde adentro.*) Un padre que a visitar al preso viene.

(*Entra Rola, disfrazado de fraile.*)

ROL. Decid, amigo: Alonso, el prisionero español, ¿no está en este calabozo?

CENT. Sí.

ROL. Tengo que hablar con él.

CENT. Imposible.

ROL. Es mi amigo.

CENT. Aunque fuera tu hermano.

ROL. ¿Cual vá a ser su suerte?

CENT. Morirá al salir el sol.

ROL. ¡Ah! entonces vengo a tiempo.

CENT. Cabalmente, para presenciar su muerte.

ROL. Soldado, tengo que hablar con él.

CENT. Atras, ya dije que no puede ser.

ROL. Te lo suplico... ¡Un solo instante!

CENT. En vano te empeñas: mi consigna es terminante.

ROL. Ahora mismo he visto salir de aquí un mensajero.

CENT. Mas ese traje un pase, que todos estamos acostumbrados a obedecer.

ROL. Mira este tejo de oro macizo; mira estas piedras preciosas. En tu tierra, serán para tí y para los tuyos, riqueza mayor que cuanta esperaste o deseaste alcanzar jamas. Tómallo; tuyo es todo: déjame hablar un minuto con Alonso.

CENT. ¡Quita de aquí!...¿Pretendes corromperme? ¡a mi, castellano viejo!...Conozco mejor mi obligacion! —

ROL. ¡Soldado! ¿tienes mujer?

CENT. Si tengo.

ROL. ¿E hijos?

CENT. Cuatro, buenos y hermosos.

ROL. ¿Donde los dejaste?

CENT. En mi pueblo, en la misma choza donde yo nací.

ROL. ¿Amas a tu mujer y a tus hijos?

CENT. ¿Pues no he de amarlos? de todo corazon, bien lo sabe el cielo.

ROL. Figúrate, pues, soldado, que estuvieses condenado a cruel muerte en esta tierra estraña...¿cuál seria tu último deseo, tu último ruego?

CENT. Que algun camarada llevase mi postrer adios y mi bendicion a mi mujer y a mis hijos.

ROL. ¡Oh!...y si ese camarada estuviese a la puerta de tu prision y le dijeran; «tu compañero morirá al salir el sol, y con todo no le verás ni un momento, no llevarás su adios postrero y su bendicion a su mujer y a sus hijos» ¿que pensarias, dí, de quien así repeliese de la puerta a su camarada?

CENT. ¿Como así?

ROL. Alonso tiene mujer e hijo, y yo no vengo aquí sino para recibir, para su esposa y para su niño, la última bendicion.

CENT. ¡Entra! (*Retírase*)

ROL. ¡Oh, alma naturaleza!...jamás abogaste en vano tú. No hai, sobre la haz de la tierra, criatura alguna, que tenga forma y vida, sea humana o fiera, hija de la espesa selva o del aire raro, en cuyo pecho paterno no hayas entrelazado una cuerda que responda a la voz de sus hijos, y por medio de la cual no tengas facultad de lla-

mar a tí esa criatura. En piñones de hierro elevado, hiende el sanguinario condor la tempestad, y sin embargo, el plumaje pegado al corazon es tan suave como el plumon del cisne, y ni el esmaltado colibrí empolla mas blandamente su tierna nidada—Pero ya está mas allá del pórtico, cerrando la puerta exterior. —¡Alonso! Alonso...mi amigo! —¡Hal...! en plácido sueño! —Alonso, levántate.

AL. ¿Qué es esto? ya es hora? —Bien (*saliendo de su retrete*;) pronto estoi.

ROL. Alonso, ¿no me conoces?

AL. ¿Qué voz es esta?

ROL. La de Rola.

AL. ¡Rola!...mi amigo! (*le abraza*) ¡Cielos!... ¿como te ha dejado pasar la guardia? ese traje?

ROL. No tenemos momento que perder en palabras: este hábito, se lo quité al cadáver de un fraile al atravesar por el campo de batalla, y me ha servido para penetrar en tu calabozo: ahora tómallo tú, y huye.

AL. ¡Y Rola!

ROL. Se quedará en tu lugar.

AL. ¡Y morirá por mí! —No: ántes sufrir tormentos por toda la eternidad!

ROL. No moriré, Alonso. Tu vida es la que busca Pizarro, no la de Rola; pronto me librárá tu brazo de la prision, o si asi no fuere, yo soi palma solitaria en medio del desierto arenoso.—Nada vive, ni solicita cosa alguna bajo de mi sombra; en tanto que tu eres esposo y padre y de tu vida están suspensos una mujer amable y un desvalido infante. ¡Vete, vete, Alonso! Vete, para salvar, no a tí, sino a Cora y a tu hijo!

AL. Amigo, no me instes asi: preparado estoi para morir en paz.

ROL. ¡Morir en paz, condenando a la locura, a la miseria, a la muerte, aquella para quien juraste vivir!...porque has de saber que el estado en que la dejé, no ofrece mas esperanza que en tu vuelta.

AL. ¡Dios mio!

ROL. Si aun estás irresoluto, Alonso, atiendeme bien. Creo que

jamas viste que Rola dijese una cosa, sin cumplirla. Pues por mi corazon te juro, que si orgulloso te obstinas en negar a tu amigo la dicha de conservar la vida de Cora, no habrá poder que me mueva de aqui, y tendrás el miserable triunfo de ver a Rola perecer a tu lado, con el convencimiento de que Cora y su hijo son para siempre perdidos!

AL. ¡Oh, Rola, me enloqueces!

ROL. Un momento mas de demora, y todo se acabó. Ya va a rayar la aurora. No temas por mí: yo trataré con Pizarro aparentando que nos rendimos y nos sometemos; ganaré tiempo, sin duda, para que tú, con una banda escojida, vengas por el camino secreto en la noche, libres a tu amigo, y te le lloves en triunfo. Sí, querido Alonso, no te detengas: en este momento mismo estoi oyendo a Cora, que frenética te llama. ¡Vete, vete!

AL. Temo que tu amistad me aparte ahora del sendero del honor.

ROL. ¿Viste jamas a Rola aconsejar a su amigo la deshonra?

AL. ¡Oh, mi salvador! (*le abraza*).

ROL. Siento tus ardientes lágrimas caer sobre mis mejillas. ¡Vete, que estoi recompensado! (*se quita el hábito., y se lo pone a Alonso*). Cúbrete la cara, y para que no suenen, sujeta bien los grillos. ¡Anda, Dios sea contigo!

AL. A la noche volverémos a vernos. Con el favor del cielo, vendré a salvarte, o a que muramos juntos. (*Vase*)

ROL. ¡Ya pasó la última puerta!...ya está seguro!...no tardará en abrazar a su esposa y a su hijo!—¡Y bien Coral ¿no me injuriaste?—Esta es la vez primera que jamas engañé a nadie: ¡perdóname, oh Dios de verdad, si he hecho mal!—¡Alonso se lisonjea de que volverémos a vernos!—Sí, allá! (*levantando las manos al cielo*).... seguramente allá nos encontraremos!...allá disfrutaremos en paz los gozos de perdurable amor y amistad....tan imperfectos sobre la tierra, tan amargos!—Mas me ocultaré, no sea que venga el centinela ántes que Alonso haya salido del campo español. (*Métese en lo interior del colabozo*). (*Entra Elvira.*)

ELV No; ni las brutales insinuaciones de Pizarro, ni la profunda admiracion que por este noble jóven siento, excitarán en mi cansado pecho un afecto que el honor no sancione. Si desecha la venganza que mi corazon ha jurado al tirano, cuya muerte es lo único que esta tierra puede salvar, a lo menos mia será la satisfaccion de haberle vuelto a los brazos de su Cora, de su querido hijo, y al inocente pueblo, a quien sirve de guia su virtud, y su valor de custodia. ¡Alonso, sal! (*Entra Rola*).—¡Ah!...¿quien eres tú?...donde está Alonso?

ROL. Huyó.

ELV. ¿Huyó Alonso?

ROL. Sí, y no hai que seguirle. Perdona esta temeridad (*tomando de la mano a Elvira*); pero los momentos son preciosos para que Alonso se salve.

ELV. ¿Y si llamo la guardia?

ROL. Hazlo, siempre ganará tiempo Alonso.

ELV. ¿Y si me libro con este puñal? (*muestra una daga*.)

ROL. Clávalo en mi corazon; y aun así, con la mano convulsiva de la muerte, te sujetaré.

ELV. ¡Suéltame! te doi mi palabra de que ni llamaré a la guardia, ni le haré seguir.

ROL. Fio en tu palabra. (*suelta a Elvira*). Hai en tus ojos tanta sensibilidad, que estoi seguro de que tienes un alma noble.

ELV. ¿Cómo te llamas? habla con libertad; el centinela se ha retirado por mi órden mas allá de la última puerta.

ROL. Me llamo Rola.

ELV. ¡El jefe de los peruanés!

ROL. Eralo ayer; hoi cautivo soi del español.

ELV. ¿Y te ha movido a esta accion tu amistad por Alonso?

ROL. Alonso es mi amigo, y pronto estoi a morir por él: pero otro móvil me ha impulsado, mas fuerte que la amistad.

ELV. Tan solo otra pasion puede inspirar tal exceso de jenerosa temeridad.

ROL. Y esa es....

ELV. ¿El amor?

ROL. Sí.

ELV. ¡Animoso y sincero Rola! Sábetete que a mí me traía aquí el mismo objeto que a tí; y si yo hubiese salvado a tu amigo.....

ROL. ¡Qué!....¿hai mujer dotada de dulzura y de valor, que no sea Cora.?

ELV. ¿Luego Rola piensa mal de todo corazon femenino?

ROL. No tal: las mujeres sois mejores y peores que nosotros.

ELV. Si yo te salvara a ti, Rola, de la venganza del tirano, y te volviese a los tuyos, y a tu suelo natal le diera paz, ¿no contarías a Elvira entre los buenos?

ROL. Para juzgar la accion, necesito conocer los medios.

ELV. Toma esta daga.

ROL. ¿Para qué?

ELV. Yo te conduciré a la tienda donde duerme Pizarro, azote de la inocencia, terror de tu raza, la furia que asuela tu aflijida patria.

ROL. ¿Te ha injuriado Pizarro?

ELV. Tanto cuanto es capaz de injuriar con letal veneno el menosprecio y el insulto.

ROL. ¿Y me pides que le mate dormido?

ELV. ¡Y él no habria dado la muerte a Alonso preso! El que duerme y el que carga grillos, están igualmente indéfensos. Escucha, Rola: ¡no prospere yo en este peligroso acto, si escudriñando mi corazon encuentro en él que procedo por motivo alguno de rencor y de venganza privada, y que no me estimula a tan terrible accion el interés que tomo en la causa de la humana naturaleza y en el triunfo de la justicia sacrosanta?

ROL. El Dios de la justicia no santifica el mal, aun cuando al bien conduzca. Las grandes acciones no han de ejecutarse por medios perversos.

ELV. Supuesto, peruano, que tan frio eres para las desgracias y las injurias a tu pais inferidas, esta mano, por mas que a mi alma le repugne, dará el golpe.

ROL. Entonces inevitable es tu peligro...¿y por el Perú has de perecer?...dame la daga.

ELV. Ahora sígueme; pero antes, y por dura que sea la necesidad de hacerlo, mata al centinela.

ROL. ¿Al soldado que aquí estaba?...toma la daga.

ELV. ¡Rola!

ROL. Ese soldado, atiende, es un hombre ¡y no lo son todos los que forma humana tienen! Negóse a mis súplicas...negóse a mi dinero!...no quiso dejarme entrar,—hasta que sus propios sentimientos le sedujeron—¡Ni a costa de la salvacion de mi patria le haria daño a ese hombre!

ELV. Que se venga entonces con nosotros: yo respondo de su seguridad.

ROL. Pero entendámonos; porque, cualquiera que sea el éxito de nuestra empresa, no tocaré a un solo cabello de la cabeza de ese hombre, ni aunque fuera necesario para salvar del fuego consumidor las fibras de mi corazon. (*Salen.*)

ESCENA III.

EL INTERIOR DE LA TIENDA DE PIZARRO.

PIZARRO. (*echado en un sofá y soñando*). No hai merced, traidor!....—¡Ahora!....al corazon!....apartaos; dejadme ver correr su sangre!...ja, ja, ja!...oiga yo otra vez ese jemido!.....

(*Entran Rola y Elvira.*)

ELV. ¡Allí!...no pierdas momento!

ROL. Déjame ahora. Esta escena de sangre no debe presenciarla una mujer.

ELV. Pero si te tardas un instante...

ROL. ¡Vete! retírate a tu tienda, y no vuelvas aquí. Yo iré a buscarte: ¡cuidado, 'que no sepan que tuviste parte en este negocio!... te lo pido.

ELV. Yo haré retirar la guardia que está fuera (*Vase*)

ROL. En mi poder tengo ahora al maldecido destructor de la paz de mi patria... ¡y duerme reposado! Gran Dios! ¿Como puede dormir semejante hombre?

PIZ. (*Soñando*) ¡Apartad, apartad, furias horrendas!...no rasgueis mi pecho así!—

ROL. Yo estaba equivocado: nunca mas podrá él gustar el bálsamo del dulce descanso. ¡Miraos aquí, instrumentos de la ambición! Vosotros, los que en vuestro orgullo inhumano teneis en nada el sanguinario sacrificio de naciones enteras, ved cual es el sueño del culpado!—A mi merced aquí está!...de un solo golpe!... mas no; mi corazón no se presta a tal acto; imposible es que Rola sea un asesino!—Pero fuerza es salvar a Elvira! (*Acércase al sofá*).—¡Pizarro despierta!

PIZ. (*Saltando del sofá*). ¿Quien vá? ¡guardias!

ROL. No grites: una palabra mas, y eres muerto. No pidas auxilio; este brazo andaria mas veloz que tu guardia.

PIZ. ¿Quien eres?.., y qué buscas?

ROL. Soi tu enemigo, Rola el peruano. No busco tu muerte, —o te la habria dado dormido.

PIZ. ¿Pues qué?

ROL. Ahora que en mi poder estás, responde.—A tí, o a alguno de los de tu nacion, le hizo jamas injuria o daño un peruano?...y tú, o alguno de los de tu nacion, mostró jamas hasta aqui merced a un peruano que en su poder estuviese? Pues ahora sentirás,—y sentirás profundamente si es que tienes corazón,—la venganza de un peruano! (*Le tira el puñal a los pies*). ¡Ahí tienes!

PIZ. ¿Es posible?

ROL. ¿De que se sorprende Pizarro? Yo creia que el perdon de las injurias era precepto cristiano. Ya ves, a lo menos, que es práctica peruana.

PIZ. ¡En verdad, Rola, que me dejas pasmado ...sojuzgado!

(*Vuelve a entrar Elvira, sin ver a Pizarro*).

ELV. ¿Ya está?...murió ya?...(*Vé a Pizarro*) ¡Cómo!...aun está.

vivo!—Perdida soi!...y para vosotros, infelices peruanos, no habrá mas merced! ¡Oh, Rola traidor o cobardel

PIZ. ¿Cómo es qué?...

ROL. No hagas caso; Elvira no sabe lo que dice. Déjame (*a Elvira*), por favor, con Pizarro.

ELV. ¡Qué!..piensas, Rola, que me retracto?..o que con bajeza negaré que en tu mano puse el puñal que debía clavarse en el corazon de este tirano? No; lo único que siento, es haberme fiado en tu debilidad, y no haber dado yo misma el golpe. Mas no tardarás mucho en saber que la compasion con semejante hombre es directa crueldad con toda tu raza.

PIZ. ¡Guardia! presto!...llevad a esa loca!....

ELV. ¡Sí, guardia!...yo tambien la llamo!...y harto conozco que en breve me conducirán al cadalso!—No creas, Pizarro, empero que me impondrá miedo por un momento todo el furor de tus ojos centellantes. Ni pienses que es rabia de mujer, o el resentimiento de un corazon agraviado, lo que me sujirió mi designio. No, si tal hubiera sido el motivo, burlada como estoi, me abrumarian la vergüenza y el remordimiento. Pero aunque frustrada y destruida mi esperanza, tal es la magnitud de la causa que abracé, que pereceré gloriándome en la empresa, y hasta exhalar el último aliento, confesaré orgullosa que mi objeto era rescatar millones de inocentes de la sanguinaria tiranía de un solo hombre, — ¡librando de tí al orbe insultado!

ROL. Si el hecho hubiese sido noble, cual lo es el motivo, Rola no habria cejado ante la ejecucion. (*Entran soldados*).

PIZ. Prended a esta descarada furia, que ha querido matar a vuestro jefe.

ELV. No me toqueis, por vida vuestra: presa me doi; y os seguiré: tú, caudillo triunfador, has de escucharme. Pero ántes, acepta, Rola, para tí mi perdon, y sábeta que, aun cuando yo haya de ser víctima de la nobleza de tu alma, te admiraré por ella. Y ya que yo fui quien acarrecé mi desgracia, contra la cual debiste tu haberme protegido, no me siga tu menosprecio al sepulcro. ¡Si conocieras

las diabólicas artes, de que en un principio se valió este hipócrita para seducir mi candoroso corazón!... Si supieras que hasta el piadoso recinto donde yo moraba, empleó la corrupción y el fraude respecto de aquellos en quienes yo confiaba más, hasta que mi fantasía desordenada me llevó, paso a paso, al abismo del delito!...

PIZ. ¿Por qué no me obedecéis?—Sacad de aquí a esta mujer.

ELV. Ya no tiene remedio; mas si te contase mi historia, me compadecerías, Rola.

ROL. A fé mía que te compadezco.

PIZ. ¡Villanos! Llevadla al calabozol que preparen pronto el tormento!

ELV. ¡Soldados, un momento más! lo pido para aplaudir a vuestro jeneral: pídolo para informar al mundo atónito de que una vez siquiera dió Pizarro una sentencia que un acto de justicia sea. Sí, dame los tormentos más atroces en que jamás agonizó ser humano... ¡será justicia! Sí, ordena a los instrumentos de tu furor que arranquen los tendones de estos brazos que un día te acariciaron, y hasta te defendieron! Díles que echen metal derretido en las desangradas cuencas de estos ojos, que con tanta frecuencia, ¡o Dios mío! se quedaban absortos y embelesados de amor mirándote! Después mándame atar a la aborrecida rueda, y allí sácia tu vista salvaje con los pasmos convulsivos de este pecho deshonrado, que un tiempo fué tu almohada! Y todo eso lo sobrellevaré, porque todo será justicia! todo! Y aun cuando dispusieres que me hagan pedazos hasta morir, con la esperanza de que tu incommovible oído se recree hasta el fin con la música de mis gritos, ni uno solo daré, ni un jemido, no: aun en la boqueada postrera, el sufrir de mi cuerpo se burlará de tu venganza, cual mi alma desafía en este momento todo tu poder.

PIZ (a Rola) ¿Oyes a esta miserable, cuyas manos se preparaban poco há para el asesinato?

ROL. Sí: y si su acusación es falsa, poco debe importarte el escucharla: si es empero cierta, tu barbárie no puede hacerla padecer el martirio que a tí la propia conciencia.

ELV. ¡Adios ya al mundo! Rola, adios! adios (a Pizarro) tú, con-

denado de los cielos!—pues bien sé que jamas tocarán tu corazón el arrepentimiento y el remordimiento!—Nos volveremos a encontrar: ¡ah!..... horrorízate en esta vida de saber que en la otra nos hemos de encontrar! Y cuando se acerque tu hora final, oye la campana cuyo terrible tañido llevará la desesperacion a tu alma. Resonarán entonces en tus oidos las maldiciones de los santos enclaustrados, de cuyo seno me robaste!..... [Entónces vibrarán en ellos los gritos últimos que partieron del desgarrado corazón de mi madre, cuando en la hora de su muerte clamaba al cielo venganza contra el seductor de su hija!..... te aterrará entonces el gemido que con su sangre lanzó mi asesinado hermano... ¡ asesinado por tí, abominable monstruo, en busca de la reparacion que demandaba el perdido honor de su hermana!—todo esto lo estoi oyendo yo ahora!...todo esto me enloquéce, solo al recordarlo...y en hora semejante, ¿ qué será para tí todo esto?

PIZ. Si tardais un instante mas, ¡cuidado con vuestras vidas!

ELV. Ya hablé, y no queda en mi corazón el menor vestigio de humana flaqueza. Y ahora, con indómito espíritu y con firmeza incontrastable, haré frente al destino. Si no he vivido con nobleza, obra es de Pizarro; el morir empero noblemente, será obra mia.

(Sale escoltada.)

PIZ. Rola, no quisiera que tú, guerrero animoso y afamado, diesses crédito a los infames cuentos de esta mujer frenética. — Sábetete que la causa de todo ese furor es una pasión loca por el rebelde jóven Alonso, hoi prisionero mio.

ROL. Alonso ya no es tu prisionero.

PIZ. ¡Cómo!

ROL. Yo vine a libertarle, engañando a la guardia, y lo sonseguí: tu prisionero soi yo.

PIZ. ¡Huyó Alonso! ¿Con que jamás se satisfará la venganza en que mas se interesa mi corazón?

ROL. Desecha de él semejantes pasiones, si quieres vivir en paz contigo mismo.

PIZ. Yo puedo arrostrar a cuantos enemigos se atrevan a ponerse delante; mas no guerrear con mi natural.

ROL. Entonces, Pizarro, no presumas pasar por héroe, supuesto que el triunfar de nosotros mismos es la única conquista, en que no tiene parte la fortuna. En los combates, la suerte puede arrancarte el laurel, así como puede colocarlo en tus sienes; pero en la lucha contigo mismo, solo con tener resolución vencerá el impulso virtuoso.

PIZ. Peruano, no encontrarás en mí un ser ingrato o poco generoso. Vuelve a los tuyos; libre estás.

ROL. No haces en esto mas que lo que dictan el deber y el honor.

PIZ. No puedo prescindir de admirarte, Rola. ¡Quisiera que fuésemos amigos!

ROL. ¡Adios; ten compasion de Elvira! Sé amigo de la virtud, y lo serás mio. (*Sale.*)

PIZ. ¡Ambicion! Dime, ¿qué fantasma es el que he perseguido? en donde está el placer que mehas proporcionado? Mi fama es blanco de la envidia; mi amor, juguete de la traicion; mi gloria se vé eclipsada por el mozuelo a quien yo enseñé; mi honor, confundido, humillado por el rudo honor de un enemigo salvaje, ante cuya noble alma caigo anonadado!—¡Oh! Si pudiera volver sobre mis pasos!—Pero es imposible—¡Si a lo menos me fuese dado escapar de mis propias reflexiones!—¡Mas cómo, siendo el pensamiento y la memoria mi infierno! (*Vase.*)



ACTO QUINTO.

ESCENA I.

UNA ESPESA SELVA, Y EN LO MAS RETIRADO DE ELLA UNA CABAÑA.

Horrible tempestad. Cora tiene cubierto a su hijo en un lecho de hojas y de musgo.

COR. ¡Oh Naturaleza! tú no tienes la fuerza que el amor. Mi cuidadoso espíritu no siente la menor fatiga en esta marcha; en tanto que mi cansada y trémula máquina se rinde al peso del desfallecimiento. Y en cuanto a tí, hijo mio, aun cuando ya flaqueaba bajo tu amable carga, ¿cómo negarme a dar para reposo tuyo este lecho miserable? ¡Oh, mi hijo! a estar cierta de que no alienta ya tu padre, ¡cuan pronto me echaria a tu lado querido!...pero para siempre, para siempre!—(*Relampaguea y truena*). No te pido a tí, tempestad impía, que mitigues tu furia por compasion a la pobre Cora; ni en tanto que tu trueno respete su descanso, perturbaré a mi dormido querubin. A pesar de que bien sabe el cielo que no deseo oír la voz de la vida, y sentir que está cerca de mí la vida, todo lo sobrellevaré mientras tenga un resto de razon. (*Mas truenos y relampagos*).—¡Y aun no os aplacais, elementos insensibles!...sin embargo duerme tranquilo mi inocente niño!—Oh muerte!.. ¿cuando concederás tal reposo a la madre de este infante?—Pero aun puedo guareceréte de la tempestad: este velo..... (*le cubre con el suyo*).

AL. (*De adentro*). ¡Cora!

COR. ¡Hál!

AL. ¡Cora!

COR. ¡Corazon mio!... Santos cielos!... ¿no me engañais?... No es la voz de Alonso?

AL. (*Mas recio*). ¡Cora!

COR. ¡Sí, él es....Alonso!

AL. (*Mui fuerte*). ¡Cora!... mi adorada!

COR. ¡Alonso, aquí!... aquí, Alonso! (*Corre para afuera.*)

(*Entran dos soldados españoles.*)

UN SOLDADO. Te digo que estamos cerca de nuestros puestos avanzados, y que la palabra que acabamos de oír, es la contraseña.

EL OTRO SOLD. Una fortuna es que, al escaparnos del poder del enemigo, háyamos descubierto el secreto paso, que a las rocas conduce: Pizarro nos premiará por esto.

EL PRIMER SOLD. Por aquí: el sol, aunque nublado, está a la izquierda. (*Divisa al niño*). ¿Qué ahí aquí? — ¡Un niño, a fé mial!

EL SEGUNDO SOLD. ¡Qué lindo!—Hagamos una obra de caridad sacando a este infante del poder de su madre pagana.

EL PRIMER SOLD. Bien dices. Uno tengo yo que jugará con él VAMOS. (*Toma al niño y se van.*)

(*Vuelve a entrar Cora con Alonso.*)

COR. (*Hablando desde afuera.*) Por aquí, amado Alonso. Sí, bien digo: allí, allí....bajo de aquel árbol: ¿cómo habia de perderme, con el instinto de una madre?—¡Y bien! ¿quieres verle dormido, o te le traeré despierto, para que de pronto te dé la bien venida con sus grandes y reidores ojos azules?—Sí, sí; quédate aqui: voi a sacarle de su dorado sueño, y te lo presentaré sonrosado cual la perfumada mañana—(*Encontrando solo la manta y el velo, que levanta del suelo, y no al niño, dá un grito horroroso.*)

AL. (*Corriendo hacia ella.*) ¡Cora!... amada Cora!

COR. ¡Se le llevaron!

AL. ¡Dios eterno!

COR. ¡Se le llevaron!... hijo, hijo mío!

AL. ¿Dónde le dejaste?

COR. (*Arrojándose contra el suelo.*) ¡Aquí!

AL. Tranquilízate, querida Cora: habrá despertado, y se habrá ido gateando por ahí; le hallaremos. ¿Estás segura de que este es el lugar donde le dejaste?

COR. Acaso estas manos no le prepararon la cama, y le cubrieron? y no es este el velo con que le abrigué?

AL. Aquí hai una choza, en que no habíamos reparado.

COR. ¡Ha! sí, sí!—aquí vive el salvaje, que me ha robado mi hijo. (*Golpea a la puerta, exclamando.*) ¡Volvedme mi hijo! Volvedmele!

(*Sale Las-Casas de la cabaña.*)

LAS C. ¿Quién me llama en mi triste soledad?

COR. ¡Volvedme mi hijo!

AL. ¡Potencias celestiales! ¿me engañan mis ojos?... Las Casas!...

LAS C. ¡Alonso, mi querido, mi joven amigo!

AL. ¡Reverenciado maestro! (*Se abrazan.*)

COR. (*Que entretanto habia salido y vuelve.*) ¿Abrazas a este hombre, antes de que me haya devuelto a mi hijo?

AL. ¡Ai amigo! en que infausto momento volvemos a encontrarnos!

COR. Y con todo, su aspecto es la misma bondad, la humanidad misma. Buen anciano, ten compasión de una madre infeliz, y seré tu esclava mientras viva. Mas no; por piedad, no digas que no le has visto. (*Corre al bosque.*)

LAS C. ¿Qué significa esto?

AL. Es mi esposa. Acababa yo de escapar de la prisión donde los españoles me encerráran, cuando supe que ella habia huido a este

bosque. Oyendo mi voz, se separó del niño por volar a encontrarme...le dejó durmiendo bajo de aquel árbol.

LAS C. ¿Cómo le dejó? (Vuelve Cora.)

COR. ¡Tienes razón! muchísima razón!—desnaturalizada madre dejó a mi hijo; abandoné al inocente; mas iré a la estremidad de la tierra en busca suya. (Sale corriendo.)

AL. Dispensame, Las-Casas, si la sigo, porque esta noche debo tratar de libertar al valeroso Rola.

LAS C. No te abandonaré, Alonso. Procura encaminarte con ella a la derecha; hácia ese lado está el campo. No acortes el paso por esperar a este inválido; que ya te seguiré: (Salen.)

ESCENA II.

EL PUESTO AVANZADO DEL CAMPAMENTO ESPAÑOL Y UN PUENTE.

(Tocan trompetas afuera.)

ALMAGRO. (Desde adentro y entrando). Llevadle: lo que os ha dicho, debe de ser mentira.

(Entra Rola con grillos escoltado).

ROL. ¡Mentira! decir mentira Rola!—Yo quisiera verte en un desierto, rodeado de los tuyos, y solo con una arma en esta mano, libre de esposas! (Tocan trompetas afuera.)

ALM. ¿Es creíble que Rola, el afamado héroe peruano, anduviese como espía rondando nuestro campo?

ROL. ¡Rondando!

ALM. Respondele al jeneral, que aquí llega. (Entra Pizarro.)

PIZ. ¡Qué veo!.....Rola!

ROL. ¿Te sorprendes, no?

PIZ. ¡Y aherrojado también!

ROL. ¡Y tanto, que no tendrás miedo de acercarte a mí!

ALM. La guardia le sorprendió pasando nuestra avanzada.

PIZ. Ponedle al punto en libertad. Creedme, mucho siento este insulto. (*dirigiéndose a Rola.*)

ROL. Haces lo que debes.

PIZ. Ni puedo tolerar el ver desarmado a un guerrero como Rola. Acepta esta espada (*dándole la suya*), aunque sea de un enemigo. Los españoles saben tributar homenaje al valor.

ROL. Y los peruanos perdonar las ofensas.

PIZ. ¿No es posible que dejen de ser enemigos Rola y Pizarro?

ROL. Cuando el mar nos separe, sí.—¿Puedo irme ahora?

PIZ. En toda libertad.

ROL. ¿Sin que embaracen mi marcha.?

PIZ. Ciertamente. Dad la orden de que pase libremente Rola.

(*Entran Dávila y los soldados con el niño.*)

DAV. Aquí están dos soldados que ayer cayeron prisioneros, y que se han escapado de la fortificación peruana por la senda que tanto hemos procurado descubrir.

PIZ. ¡Calla imprudente!... ¿no ves? (*señalando a Rola.*)

DAV. En el camino encontraron un niño peruano que parece ser..

PIZ. ¿Qué me importa ese diablillo?—Matadle!

ROL. ¡Cielos!... ¿es el hijo de Alonso!... dádmele.

PIZ. ¡El hijo de Alonso!—Bien venido, precioso rehen!—Alonso es otra vez mi prisionero.

ROL. ¿No pensarás en quitarle este niño a su madre?

PIZ. ¿No?—¿No sabes que, cuando yo vuelva a encontrar a Alonso victorioso en el ardor de la pelea, puedo acobardar su corazón y contenerle, dándole a entender que una palabra mía será la sentencia de muerte de este niño?

ROL. No te comprendo.

PIZ. Mi venganza tiene una larga cuenta atrasada que arreglar con Alonso... y esta prenda puede servir para saldarla.

ROL. ¡Hombre! ..hombre!...¿eres hombre?—¿Serías capaz de hacer daño a este inocente?...Por el sol que nos ilumina, ¿no ves como se rie contigo?

PIZ. Dime: ¿Se parece a Cora?

ROL. Pizarro, has hecho arder mi corazón. Si causas el mas leve mal a esta criatura, no creas que su sangre caerá sobre árida arena. ¡No! Fiel a la ansiosa esperanza que ahora ajita mi indignado pecho, se elevará al Dios de la naturaleza y de la humanidad, clamando venganza contra su maldecido destructor!

PIZ. De mi cuenta sea eso.

ROL. (*arrojándose a sus pies.*) Mírame postrado a tus plantas.... ¡a mí, Rola...al salvador de tu vida!...a mí, que jamas doblé la rodilla o me incliné siquiera, ante hombre nacido!—En humilde agonia te suplico, prosternado te imploro...perdona a este niño, y seré tu esclavo.!

PIZ. Rola, aun estás en libertad de partir; mas este niño queda conmigo.

ROL. ¡Entonces, don del cielo, no tuyo, fué esta espada!—(*apoderase del niño.*)—Quien quiera que dé un paso en seguimiento mio morirá en el acto. (*Sale llevandose el niño.*)

PIZ. Seguidle al punto, pero salvad su vida. (*Salen Almagro y los soldados.*)—¡Con qué furor se defiende!....Ah!...Como derriba jente!... ¿y ahora?... (*Entra Almagro.*)

ALM. Tres de tus mas valientes soldados han sido ya víctimas de la órden que nos diste de salvarle la vida; y si una vez gana la floresta....

PIZ. No hai que contemplarle mas. (*Sale Almagro.*) Allí alcanzan los tiros...¿se escapará? ¡malditos sean aquellos caballos, el peruano los vé...ahora vuelve ácia las rocas...ya se le cortó la retirada! (*Rola atraviesa el puente de madera, seguido de los soldados, quienes le hacen fuego, y le aciertan con un tiro*)—¡Ahor! presto, prestol tomad el niño!—(*Rola se retira perdiéndose de vista, y llevándose al niño.*)

ALM. ¡Vive Dios, que se ha escapado! y sin que el niño recibiese daño!

DAV. No, lleva la muerte consigo. Creedme, le he visto herido en un costado.

PIZ. ¡Mas el niño se salvó! el hijo de Alonso! ¡Oh, qué ira! ¿no lograré vengarme?

ALM. ¿De qué sirve vengarse de palabra? ¡A los hechos! No hai que olvidar que ya conocemos la senda secreta que, atravesando la caverna pedregosa, va derecho a la fortaleza donde están depositados sus tesoros y sus mujeres.

PIZ. Bien dices, Almagro. Con la velocidad del pensamiento conduce una partida selecta y arrojada. No nos paremos en el número. ¡Aguarda!... ¿sabe Valverde que en este dia debe morir Elvira?

ALM. Sí. Mas ella tiene una súplica que hacerte.

PIZ. Ninguna atenderé.

ALM. Corto es el favor: tan solo pide el hábito de novicia con que la viste por primera vez. No quiere morir con ningun adorno que la recuerde su vergüenza.

PIZ. Bien, haz lo que quieras. Pero dile a Valverde que con su vida me responde si a nuestro regreso no sé que ha muerto Elvira.

(Salen)

ESCENA III.

TIENDA DE ATAHUALPA.

Entra Atahualpa, seguido de Cora y Alonso.

COR. ¡Oh, no huyas de mí, Atahualpa! ¿A quien sino al rei ocurrirá en su cuita la desdichada madre? Los Dioses se niegan a escuchar mi súplica. ¿No combatió por tí Alonso? Y mi dulce hijo, si me le devuelves, ¿no peleará un dia por tí?

AL. ¡Oh, mi atormentado amor! mi pobre, mi infeliz Cora, no las-

times la sensibilidad de nuestro soberano, y dá alguna tregua a la tuya.

COR. ¿Es nuestro soberano, y no tiene poder para volverme mi hijo?

ATAH. Cuando premio el mérito, o está a mi alcance aliviar a mi pueblo, conozco en qué consiste la verdadera gloria de un rei; mas cuando sé que sufre, y valerle no puedo, me lamento de la impotencia del humano poder.

(*Algunas voces atras.*) ¡Rola, Rola!

Entra Rola echando sangre: con el niño, y seguido de varios peruanos.

ROLA. ¡Toma tu hijo! (*le pasa a los brazos de Cora, y cae*)

COR. ¡Dios mio! sangre!

ROL. Es la mia, Cora.

AL. ¿Te mueres, Rola?

ROL. Por tí y por Cora (*Expira.*)

(*Entra Orano.*)

OR. La traicion ha revelado al enemigo nuestro asilo en medio de las rocas, y en este momento mismo es atacada la pacífica banda que allí buscara proteccion.

AL. No perdamos tiempo. ¡Pronto a las armas! Clamando estan por auxilio vuestras mujeres y vuestros hijos. Llevad en la vanguardia el cadáver de nuestro héroe amado, para que excite al último punto el furor de la tropa. ¡Y ahora, Pizarro, prepárate! Cercana está la muerte de uno de los dos! marchemos! Y el grito de guerra sea: «Venganza y Rola.» (*Salen aprisa.*)

(*Entran Pizarro, Almagro, Valverde, soldados y españoles.*)

PIZ. ¡Bien! si nos han cercado, perezcamos en el centro de ellos. — ¿Donde ocultan sus cabezas Rola y Alonso?

(*Entran Alonso, Orano y los peruanos.*)

AL. Alonso te responde, y por Rola la espada de Alonso te hablará.

PIZ. Sabes que tienes la ventaja del número. No te atreves a pelear solo con Pizarro.

AL. ¡Peruanos! nadie se mueva!...decidamos la contienda los dos!

PIZ. ¡Españoles! haced lo mismo vosotros! (*Comienzan los dos a batirse; hácese pedazos el escudo de Alonso, y este, medio cae en el suelo*) ¡al corazón, traidor! (*Entra Elvira con el hábito que vestía la vez primera que la vió Pizarro—Este, aterrorizado, vacía, retrocede, y enderezándose Alonso, renueva el combate, y mata a su adversario.*)

(*Entra Atahualpa, y abraza a Alonso.*)

ATAH. ¡Esforzado Alonso!

ALM. Alonso, vencidos somos, perdónanos: Nos vamos a embarcar, y abandonaremos estas playas.

VALV. Elvira confesará que yo le liberté la vida: la tuya (*a Alonso*) ella te la libró.

AL. Nada temais sois salvos.....

(*Los españoles deponen las armas.*)

EL. Valverde ha dicho la verdad, y él no podía imaginarse que aquí me encontraría. Un impulso solemne, que no fué dado a mi alma resistir, me trajo a este sitio.

AL. ¡Noble Elvira!...mi salvadora!—¿Cómo espresar lo que Atahualpa, y su pueblo libertado, y yo, te debemos?—Si quisieras quedarte entre esta nacion agradecida...

ELV. No, Alonso, el destino de mi vida futura está fijado ya. En penitencia humillada, procuraré expiar mis culpas, las cuales, aunque ocultas bajo la máscara de fútil alegría, han consumido largo tiempo en secreto mi corazón. Cuando, purificada ya por mis padecimientos y por un arrepentimiento sincero, se atreva mi alma a elevarse al trono de las Mercedes suplicando por otros, entonces las oraciones de Elvira se enderezarán al Dios de la Naturaleza, pidiendo por tí, Alonso, y por tu Cora, y por tu hijo, y también por tí, virtuoso monarca, y por la inocente raza sobre la cual

imperas.—Valverde, tú salvaste mi vida, y te aconsejo que ames a la humanidad, y te apartes de los abominables ejemplos de que fuiste testigo.—Españoles, al regresar a la patria, decid a vuestros gobernantes, que han equivocado el camino que guía a la gloria, o al poder: decidles que jamas hicieron feliz a un pueblo, ni grande a una nacion, la avaricia, la ambicion y la conquista.

(Vase, y tocan trompetas.)

ATAH. No imagines que es mi ánimo reprimir el alborozo que el triunfo os causa, al proponeros que ántes que todo pagemos el debido tributo a la memoria de nuestro amado Rola.

(Marcha solemne. Procesion de soldados peruanos, que conducen en un féretro el cadáver de Rola.)

(Cancion lúgubre, por los sacerdotes y las sacerdotisas.)

Lágrimas de dolor eternamente.

Corran por Rola el noble y el valiente.

(Alonso, Cora y los demas acompañan el féretro llorosos, y eas lentamente el telon.)



OBRAS PUBLICADAS

POR

LA IMPRENTA DEL MERCURIO.

El Museo de ambas Américas, redactado por el Sr. D. Juan Garcia del Rio. 3 tomos 4.º

Figaro. Artículos de D. Mariano José de Larra. 1 t. 4.º (*Edición agotada.*)

Veni Vidi: or notes of a Wanderer. By A. Robinson. 1 t. 4.º

Las Horas serias de un jóven, por Mr. Carlos de Sainte Foix, traducidas por D. Eujenio de Ochoa. 1 t. 8.º

Elementos del juego del ajedrez, arreglado conforme a los principios de Filidor y otros sobresalientes maestros. 1 t. 8.º

Lecciones elementales de aritmética, escritas por D. Juan N. Noé, para uso de las escuelas.

Poesías de D. José Zorrilla. 3 tomos 4.º

Cantos del Trovador, por el mismo. 1 t. 4.º

Las Vijilias del Estío por el id.

The Vicar of Wakefield, by Oliver Goldsmith. Esta obrita es la mas jeneralmente adoptada en Europa para el ejercicio de los que se dedican al estudio del idioma ingles, por la pureza y familiaridad de su estilo.

Gramática de la lengua inglesa por D. José de Urcullu. 1 t. 4.º

Exámen crítico de los apuntamientos de D. José M. Obando, por el jeneral D. Tomas C. de Mosquera. 2 t. 4.º

El Tancredo, ópera seria en dos actos, en italiano y español.

Parisina, tragedia lírica en tres actos, en italiano y español.

El Belisario, tragedia lírica en tres partes: en italiano y español.

Obras en prensa.

El Derecho de jentes por D. Andres Bello, edicion aumentada y corregida por el mismo autor.

Boletín de las leyes y de las órdenes y decretos del gobierno. Edicion revisada por el Ministerio de justicia. Los 10 u 11 libros de que consta la obra saldrán en 3 tomos 4.º mayor, con un índice particular en cada tomo por órden cronolójico, y otro jeneral al fin por órden alfabético.

Artículos de Figaro, por D. Mariano José de Larra. Edicion de lujo, en 1 tomo 4.º mayor.

Epítome historiae sacrae.

El Diablo mundo, poema por D. José de Espronceda.

Tratado de filosofia, escrito para el uso de los colejos de Santiago.

Parisina, poemá de Lord Byron; una hermosa traduccion castellana en verso, con el texto ingles al frente.